

# SIMBOLOGÍA MASÓNICA O LOS EMBLEMAS DEL AUTOCONOCIMIENTO

JOSÉ JULIO GARCÍA ARRANZ  
*Universidad de Extremadura*

*A Guy,  
excepcional persona, ejemplar maestro*

## 1. INTRODUCCIÓN: LOS ORÍGENES DE LA MASONERÍA MODERNA

La masonería, asociación de carácter iniciático integrada dentro de la gran corriente del Hermetismo (Ariza, 2007: 11), se sustenta, como los restantes movimientos de vocación esotérica, en un amplio y complejo aparato icónico inserto además, en este caso, en una trama ritual y una puesta en escena que constituyen su principal seña de identidad de cara a los no iniciados. A pesar de su extraordinaria diversidad, consecuencia de una amplia y permanente capacidad de asimilación de materiales de muy distinta procedencia, uno de los rasgos comunes más llamativos del imaginario de contenido o implicaciones masónicas es su facilidad de reconocimiento como tal. Los investigadores que se han aproximado desde una u otra vertiente a este tipo de iconografía insisten en que cualquiera de sus símbolos o representaciones posee cierta personalidad que permite distinguirlo de los pertenecientes a otros repertorios visuales, de tal modo que, de un primer golpe de vista, podemos constatar que determinado objeto o imagen posee una «apariencia masónica». Tal rasgo es sin duda consecuencia del sincretismo simbólico imbuido de un propósito de universalidad que envuelve a este tipo de manifestaciones (Morata, s. a.: 7). En las siguientes páginas vamos a profundizar en las fuentes de inspiración que nutrieron la formación y evolución de esta singular iconografía, atendiendo en un apartado final a la deuda que sus atributos, alegorías o composiciones mantienen con la tradición simbólica y emblemática precedente.

La génesis de las imágenes simbólicas masónicas se encuentra fuertemente imbricada en los orígenes históricos que se atribuyen a esta sociedad, y es por ello que resulta aquí de especial interés una rápida aproximación a la configuración de la Orden tal y como ha llegado a nuestros días. La masonería, de acuerdo con su concepción actual, posee un origen relativamente reciente, que puede concretarse en torno al tránsito del s. XVII al XVIII, si bien cuenta, como veremos, con precedentes que se remontan,

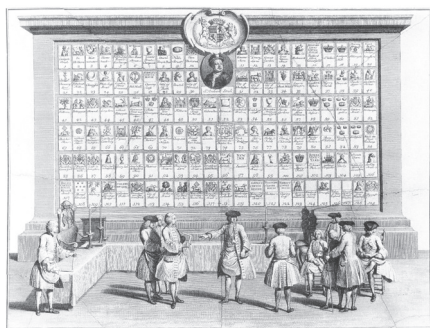


Fig. 1. Anónimo, «Les Free-Massons». Grabado procedente de Bernard Picart, *Cérémonies et coutumes religieuses de tous les peuples du monde* (t. I, Amsterdam, 1723).

tiempo que se crean otras grandes logias en Irlanda (1725) y Escocia (1736) [fig. 1]. Pero este dato demuestra que ya existía ese tipo de agrupaciones con anterioridad a aquella fecha, documentado, al menos, desde finales del s. XVI, de modo que la unificación de 1717 no supuso tanto el surgimiento de un fenómeno nuevo como el tránsito de un estado de «no obediencia» hacia otro de centralización y regularización organizativa<sup>2</sup>. Aquellas logias del seiscientos, reunidas en los salones de tabernas y

al menos, a finales de la Edad Media. Se considera que es 1717 el año fundacional de la masonería moderna, denominada también «especulativa» por oposición a la primitiva actividad «masónica» o asociativa de los constructores de catedrales medievales, llamada «operativa»<sup>1</sup>. El 24 de junio, festividad de san Juan Bautista, cuatro logias masónicas londinenses decidieron unirse y constituir la Gran Logia de Londres; a ella se irán incorporando en todo el Reino Unido las restantes fraternidades independientes o las recientemente fundadas en rápida progresión, hasta alcanzar las 270 mediados el siglo, al

<sup>1</sup> En el término *freemason* —«francmasón»—, que se documenta por vez primera en 1376 en un manuscrito inglés, se fundamentan las denominaciones de *Freemasonry* o *Franc-maçonnerie* que la Orden adquiere en los ámbitos anglosajón y francófono. No existe acuerdo sobre si el término «francmasones» se refiere a aquellos obreros que trabajaban la «piedra franca», material noble y resistente utilizado en escultura, o bien el prefijo «franc» se aplicaba a las personas que gozaban de privilegios o de un estatuto particular, por lo que en nuestro caso pudiera hablarse de «albañiles libres» que se beneficiaban de ciertas franquicias locales o municipales.

<sup>2</sup> Durante la Edad Media y al comienzo de los Tiempos Modernos se desarrolló un complejo sistema organizativo del trabajo de los operarios y maestros de la construcción documentado a partir del s. XI en los países europeos donde se levantaban edificios religiosos. Existían, por una parte, las agrupaciones empresariales de canteros dedicadas a la erección de una construcción determinada, que se reunían en «logias» particulares que eran, por esencia, temporales, en función de la duración de la edificación (ya fueran varios decenios o un siglo). Estas logias o asociaciones, constituidas por asociados voluntarios (el maestro-empresario, los compañeros obreros cualificados y los aprendices), podían estar agrupadas en organizaciones territoriales más o menos amplias que podrían considerarse ancestros de las «grandes logias». Esto es lo que se deduce de ciertos manuscritos ingleses conocidos como *Old Charges* —más adelante volveremos sobre ellos—, entre los que cabe destacar los denominados *Regius* o *Manuscrito Real* (c. 1390) y *Cooke* (c. 1400-1410), ambos en el Museo Británico. Con la finalización de las grandes construcciones góticas y renacentistas, y al menos en Inglaterra, los canteros, obreros y artesanos vinculados al mundo de la construcción, decididos a mantener vivo el espíritu de las antiguas cofradías y organizaciones gremiales, fundaron logias sedentarias toleradas por el poder, detentoras de unas formas incipientes de masonería «operativa». Pero se trataba de asociaciones poco numerosas, que no podían mantenerse de las simples evocaciones de su glorioso pasado. Ello podría explicar el fenómeno de que estas logias operativas fueran progresivamente abiertas a los no profesionales: nobles, eclesiásticos, notarios, burgueses ricos e intelectuales influyentes admitidos a participar en las actividades de tipo confraternal, sin olvidar el hecho de que éstos podían aportar una contribución financiera

albergues<sup>3</sup> o en la vivienda de uno de los miembros, acogían a personas de diferentes medios sociales, de manera que los obreros y maestros constructores que encarnaron la esencia de las primeras agrupaciones de estas características conviven aquí con una presencia creciente de masones «aceptados», sin vinculación profesional alguna con el arte de la construcción. De igual modo se daba cabida en aquellas hermandades a gentes adscritas a distintas posiciones políticas, y procedentes de diferentes iglesias cristianas: anglicanos, católicos, protestantes de orígenes diversos..., hasta el extremo de que sus encuentros, a pesar de los encarnizados enfrentamientos civiles y luchas de Religión que marcaron el momento en Inglaterra, se constituyeron en un remanso de paz y tolerancia, razón por la cual se decidió prohibir toda discusión ideológica y confesional en su seno<sup>4</sup> [fig. 2]. Sus afiliados respondían básicamente a un perfil de personas movidas por un espíritu idealista de fraternidad, altruismo y fomento de la beneficencia, aunque no faltaban adeptos atraídos por el carácter secreto de las reuniones, y por unos primeros rituales, aún muy elementales, inspirados con más o menos rigor en supuestos ceremoniales del pasado gremial<sup>5</sup>.

Si bien estos «caballeros masones» o masones «aceptados» acabarán por desplazar definitivamente de las logias a canteros y artesanos, mostraron desde el principio

que resultaba muy interesante para su reactivación. Sin embargo, estos masones «aceptados» irán suplantando progresivamente a los operarios y artesanos, de modo que, a la larga, la mayor parte de las logias no volverá a contar más en su seno con profesionales de la construcción. Esta teoría de la conexión directa entre los constructores de la Edad Media y los masones de los ss. XVII y XVIII, basada en la introducción progresiva de miembros ajenos a la práctica arquitectónica a unas logias cada vez menos operativas y más simbólicas, estudiada para el caso escocés por autores como David Stevenson, ha sido rechazada por otros investigadores que hablan de ruptura total entre ambas agrupaciones, o, al menos, de la imposibilidad de verificar con pruebas documentales esa cierta continuidad (Uyttebrouck, 1993: 7-8; Chaboud, 2008: 37-38).

<sup>3</sup> En efecto, los primeros francmasones especulativos se reunían en las salas de tabernas, dibujando con tiza, bajo la figura del sol, un «templo» simbólico. Estas reuniones se prolongaban en forma de banquetes en los cuales los participantes se prometían obrar en el exterior de acuerdo a las ideas generosas que habían intercambiado durante el encuentro. Pronto, sus miembros manifestaron el deseo de estructurarse y unirse, testimoniando una voluntad propia a la masonería de «reunir aquello que está disperso», aunque las cuatro logias que constituyeron el núcleo inicial de la Gran Logia de Londres conservaron los nombres de las tabernas donde se reunían: «La oca y la parrilla», «La corona», «El manzano» y «El vaso y las uvas» (Chaboud, 2008: 38).

<sup>4</sup> Así se prescribe en el capítulo 6 de las *Constituciones de Anderson*. Su visión nada sectaria del Ser Supremo, en contraste con la feroz intolerancia religiosa que caracterizó a este periodo, y la posibilidad de la existencia de miembros no cristianos, contribuyeron sin duda al éxito del movimiento, y promovieron su expansión fuera de Inglaterra, como testimonian las numerosas fundaciones de logias documentadas en toda Europa durante la primera mitad del s. XVIII (MacNulty, 1993: 86).

<sup>5</sup> La aparente transición de una masonería puramente operativa hacia otra simbólica, con la progresiva aceptación de miembros «no operativos», parece ya producirse desde fines del s. XVI, y muy especialmente a lo largo del XVII, en lo que supondría una larga fase de transición. El último Gran Maestro operativo de la antigua masonería, el arquitecto Christopher Wren, director años antes de la construcción de la catedral de San Pablo de Londres, abandonó el cargo en 1702 por sus opiniones religiosas; este personaje constituyó un nexo crucial de unión entre la francmasonería especulativa y las *guildes* operativas durante la reconstrucción de Londres tras el devastador incendio de 1666 (Baigent y Leigh, 2005: 196-197).



Fig. 2. Nicolas Perseval, *La unión de los tres órdenes* (1789). Reims, Museo de Saint Denis.

su deseo de perpetuar las tradiciones, los ritos y el vocabulario de los gremios tradicionales, convirtiendo así sus logias en una suerte de *service-clubs* que animaban sus reuniones con la recuperación de los usos y el folklore de las antiguas cofradías, consistentes básicamente en la celebración de ceremonias religiosas, el ejercicio de la beneficencia y la convivialidad. Descubrieron en las *Old Charges* –estatutos de trabajo de las *guildes* y cofradías tardomedievales– las consideraciones morales, los secretos profesionales de maestros, los libros de oraciones y los relatos legendarios que vinieron a dotar de contenido simbólico a sus encuentros, y que constituyeron, además, la fuente esencial de los textos fundacionales y primeras constituciones de la masonería especulativa.

A partir de estos momentos, una masonería «renovada» se va a difundir rápidamente por las Islas Británicas, su vasto imperio y las colonias francesas en América (Luisiana, Antillas...); las primeras logias continentales, que se documentan ya en Francia en la década de 1720,

estaban formadas por masones procedentes del Reino Unido, a las que se iban afiliando adeptos autóctonos hasta constituir finalmente las agrupaciones y las obediencias puramente regionales. A mediados del s. XVIII ya existen fraternidades constituidas en prácticamente todos los países europeos. Este éxito fulminante se vio propiciado sin duda por la sintonía de la concepción progresista y la actitud humanista de los principios masónicos con la filosofía y cultura de la Ilustración, seduciendo a numerosos intelectuales y artistas, estimulando la obra de los enciclopedistas y otros precursores franceses de la Revolución de 1789, o situándose en el fundamento del pensamiento de líderes de la revolución de los Estados Unidos –y redactores de su *Constitución*– como George Washington o Benjamin Franklin, o de los procesos de independencia en Iberoamérica protagonizados por Simón Bolívar o José de San Martín

## 2. LA NATURALEZA SIMBÓLICA DEL PENSAMIENTO Y LA PRÁCTICA MASÓNICOS: «AQUÍ, TODO ES SÍMBOLO»

El vasto corpus de ilustraciones e imaginaria que decora su aparato ritual y visual responde, hasta en el más mínimo detalle, al principio masónico del recurso a mitos, emblemas y personificaciones como instrumento identificativo o ejemplar de sus ideas y conceptos abstractos. Todos los teóricos de la simbología masónica insisten en la enorme importancia interna de la trama simbólica, alegórica y ritual de la Orden,

esencial para su concepción y funcionamiento. Como indica Chalmers I. Patton (1873: 1), «El sistema de la Francmasonería se encuentra en su totalidad imbuido de simbolismo, y un conocimiento de los símbolos resulta irrenunciablemente necesario para cada Compañero». Es por ello —en palabras de Francisco Ariza (2007: 26)— que en la logia «[...] todo se cumple según el rito, y todos los gestos y signos rituales realizados en el interior de la misma han de ser considerados como lo que son: vehículos transmisores de la enseñanza simbólica y de su influencia regeneradora». Esta dimensión simbólica se encuentra ya implícita desde sus primeras manifestaciones en la masonería especulativa, y se ha ido enriqueciendo con sucesivas aportaciones y apropiaciones que han incrementado la complejidad de su trama ceremonial y visual hasta alcanzar su punto culminante durante el s. XIX e inicios del XX<sup>6</sup>.

Ya hemos indicado que la masonería renovada de los ss. XVII y XVIII se encontraba cada vez más distanciada de la mentalidad y prácticas de los canteros y artesanos que trabajaban verdaderamente en la edificación material; sin embargo, con la voluntad de salvaguardar una suerte de identidad corporativa y una continuidad que los vinculara a aquellos gremios de operarios, se trató de recuperar su concepción trascendente y filosófica, dentro del espíritu del denominado *Royal Art* —denominación empleada entre los constructores medievales como homenaje a los monarcas implicados en el poder espiritual—. El esfuerzo físico y el trabajo manual del antiguo masón serán sustituidos por el estudio especulativo e intelectual de los símbolos de la tradición arquitectónica y de la Geometría a ella asociada. Su deseo de instituirse en herederos de las formas simbólicas de las viejas corporaciones de canteros explica que la «espina dorsal» del imaginario emblemático de las agrupaciones masónicas sean, como resulta bien sabido, las herramientas o útiles empleados en la construcción. El nivel, la plomada, la escuadra, el compás, la paleta, el martillo o el cincel son instrumentos que han perdido totalmente su sentido funcional en el nuevo contexto; se transforman aquí en conceptos adaptados a la mentalidad y propósito de estas logias especulativas, integradas en una sociedad urbana e inspiradas por una ideología idealista y combativa, característica de la cultura ilustrada, que trata de desmontar las desigualdades del Antiguo Régimen y crear una utópica sociedad fundada en la libertad y la fraternidad universales: no es de extrañar, por tanto, que el nivel se proponga como símbolo de igualdad y justicia, o la paleta, con la que se extiende el cemento que une y da solidez al edificio, de la unión y hermandad entre todos los hombres (Moore, 2009: 70 y 184-185). Pero, además de dotar a este peculiar imaginario de unos contenidos simbólicos de orden moral y ejemplarizante<sup>7</sup>, estas nuevas

<sup>6</sup> A lo largo del s. XX, sin embargo, se observa un desinterés progresivo por la dimensión ritual simbólica de la masonería, o, al menos, de sus tradiciones y función trascendente, en contraste con una creciente implicación social y benéfica; tal distanciamiento ha podido ser fruto de los continuados conflictos con la Iglesia —las primeras condenas pontificales se remontan a 1738—, con el consecuente rechazo hacia unos símbolos y ritos que podrían guardar ciertas conexiones con la liturgia católica, o de las persecuciones producidas por los regímenes totalitarios en Europa a partir de los años treinta, que obligaron a la práctica clandestina.

<sup>7</sup> En las *Old Charges* no encontramos rastro alguno de la transferencia de cualidades morales a las herra-

logías se inspirarán en ciertas narraciones, esencialmente de origen bíblico, reunidas en las *Old Charges*, con las que empiezan a fraguarse los primeros relatos míticos y legendarios que en adelante serán ya parte indisoluble del pensamiento y magisterio masónicos<sup>8</sup>.

Las *Old Charges* —título equivalente a «antiguas obligaciones» o «deberes»— son manuscritos medievales ingleses, compuestos en prosa o verso entre el s. XIV e inicios del XVII, y estructurados en dos partes: un relato legendario de los orígenes del sistema de cofradías, y una descripción de la organización del trabajo corporativo y modo de actividad de las mismas, todo ello precedido de invocaciones religiosas, e impregnado de consejos cívicos, de buena moralidad y de fidelidad religiosa, conformando en su conjunto un verdadero código de honestidad profesional. Aquellos textos contribuirían a perfilar la mentalidad de los primeros masones operativos —que se consideraban herederos legítimos de los constructores del Templo de Salomón o de los maestros de obra del rey anglosajón Althestán (s. X), y descendientes de genealogías que se remontan incluso a los tiempos antediluvianos y primordiales—, así como la filosofía de la nueva masonería especulativa a partir de los ss. XVII y XVIII.

mientas de trabajo, con lo cual, aunque existe cierta controversia al respecto, parece que ese revestimiento simbólico de los útiles de construcción es una invención exclusivamente especulativa, sin precedentes claros en la masonería operativa. Indica al respecto Luc Nefontaine (1994: 17) que la «simbolización de la construcción» o de los útiles, que tiene su origen a principios del s. XVIII, constituye el principal rasgo distintivo de la masonería moderna respecto a la operativa, factor que origina la ontogénesis del importante corpus simbólico masón. Lo que sí contienen aquellos reglamentos medievales, como veremos a continuación, es una especie de historia mítica de su profesión desde los orígenes de la humanidad, repleta de personajes y hechos que estimularán la imaginación de los primeros masones modernos.

<sup>8</sup> «Estas leyendas de la Francmasonería constituyen una parte considerable y muy importante de su ritual. Sin ellas, la parte más valiosa de la práctica masónica como un sistema científico podría dejar de existir. Es, de hecho, en las tradiciones y leyendas de la Francmasonería, más incluso que en sus símbolos materiales, donde vamos a encontrar la profunda instrucción religiosa que la institución se propone inculcar [...]. Los mitos o leyendas que se prestan a nuestra atención en el curso del estudio completo del sistema simbólico de la Francmasonería pueden considerarse divididos en tres clases:

1. El mito puede estar encaminado a la transmisión de una narración de hechos tempranos y acontecimientos con un fundamento en la verdad, aunque esta verdad, sin embargo, ha sido en gran medida distorsionada y pervertida por la introducción de circunstancias y personajes, y de este modo constituye el *mito histórico*.
2. O puede haber sido inventada y adoptada como medio para enunciar un pensamiento particular, o para inculcar una cierta doctrina, y es entonces cuando llega a ser un *mito filosófico*.
3. O, en fin, los elementos verídicos de la historia real pueden predominar en gran medida sobre los materiales ficticios e inventados del mito, y la narración puede ser, en su parte esencial, construida de hechos ligeramente coloreados por la imaginación, cuando ello conforma la *historia mítica*». La trad. es nuestra a partir de un texto procedente de Mackey (1869: 200 y 204-206). A la hora de aproximarse a aquellos fundamentos simbólicos de la Masonería moderna, deben disociarse nítidamente los prolegómenos históricos la Orden —trazos más arriba en líneas muy generales—, o incluso aquellos relatos complementarios que puedan mantener cierto fundamento histórico, de las numerosas leyendas y mitos con los que, desde su fundación, se vienen adornando sus supuestos orígenes y fuentes primigenias de inspiración. Precisamente uno de los principales problemas de una buena parte la abrumadora bibliografía existente sobre los símbolos y emblemas masónicos reside en su incapacidad —o falta de voluntad— para separar ambos contextos, que se amalgaman sin ningún tipo de criterio riguroso o crítico.



Fig. 3. «El duque de Montagu, Gran Maestro de la Gran Logia de Londres, entrega las *Constituciones* a su sucesor, el duque de Wharton», frontispicio grabado de *The Constitutions of the Free-Masons*, Londres, 1723.

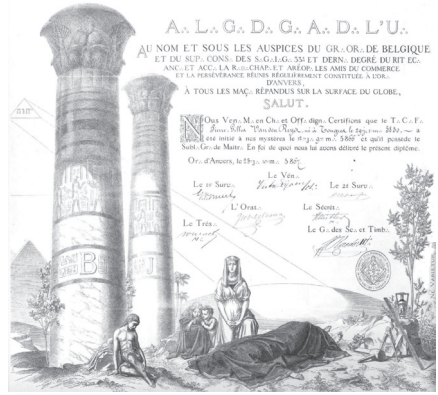


Fig. 4. Anónimo, *Las columnas de los hijos de Lámeq y los 'Noáquidas'*, certificado ilustrado de iniciación del Gran Oriente de Bélgica emitido en Amberes, 1867.

De hecho, los primeros reglamentos masónicos se harán eco casi literal de aquellos manuales de buena conducta de los antiguos gremios constructores. Las célebres *Constitutions of the Free-Masons* o *Constituciones de Anderson* [fig. 3]<sup>9</sup>, estatutos de la Gran Logia de Londres constituida, como dijimos, en 1717, publicados por vez primera en Londres en 1723, e inspirados esencialmente en el Ms. *Cooke*, dedican el primero de sus cuatro apartados a una historia legendaria de la masonería que se remonta a la Creación, y, el segundo, a un repertorio de obligaciones del masón, todo ello reescrito de forma bastante literal a partir de las *Old Charges*<sup>10</sup>. La primera parte comienza con un elogio de las artes liberales, en especial de la Geometría, justificando la idea imperante de Dios como Gran Arquitecto del Universo —concepto de demiurgo ordenador ya expuesto por Platón en *Ti* 53b, y emparentado con el «Gran Relojero» de Voltaire—, primer maestro que transmitió los secretos a nuestro padre Adán, formado a su propia imagen. Continúa con la enumeración de un cierto número de personalidades bíblicas que, de acuerdo con la tradición de los constructores, se encontró en posesión de aquellos arcanos. Entre ellas se cuentan Túbal-Cáin, Lámeq y dos de

<sup>9</sup> Llamadas así por el apellido de James Anderson, pastor de la iglesia presbiteriana escocesa, que compiló las distintas aportaciones para el texto y desarrolló una parte importante, aunque no esencial, de su redacción.

<sup>10</sup> La tercera parte es un reglamento general de la Gran Logia de Londres, y, la cuarta, la transcripción de cuatro canciones masónicas. En cuanto a los «deberes», son bastante homogéneos, y los generales consisten en la fidelidad a Dios y a la santa Iglesia, al rey y a las autoridades locales; respecto a la moral, se resumen en el amor fraternal entre los afiliados, la obligación de servir a la cofradía y particularmente a la logia, y practicar la deontología profesional especificada con muchos detalles, a la vez morales y técnicos. Estos textos han desaparecido en la masonería especulativa, donde ya no tienen cabida, si bien podemos encontrar aún sus huellas en el *compagnonnage*.

sus hijos, Yabal y Yubal, que transmitieron, inscrita en dos grandes columnas [fig. 4]<sup>11</sup>, aquella ciencia «antediluviana» a los descendientes de Noé o «Noaquitas»: Nemrod, Moisés, Abraham, David, Salomón y los dos Hiram: el rey de Tiro y aquél, Hiram Abib, al que los masones consideran gran constructor del primer Templo de Jerusalén, y que adquirirá un protagonismo preponderante en el imaginario y rituales de la Orden. Aparte de estos patriarcas veterotestamentarios, otros protagonistas habituales de la trama legendaria masónica son Euclides –considerado discípulo de Abraham–, Hermes Trismegisto, Pitágoras u otros personajes, no siempre verificados históricamente –Naemus o Naymus Graecus, Charles Martel, san Columbano, san Albán, el rey anglosajón Athelstán y su hijo Edwin...–, que se ocuparon de mantener vivo el «conocimiento secreto» durante los siglos medievales.

Si bien aquellas *Old Charges* abastecieron a las nuevas hermandades masónicas de abundantes narraciones legendarias, carecían, sin embargo, de descripciones ceremoniales complejas<sup>12</sup>, por lo que la masonería moderna se vio obligada a «reconstruir» una trama ritual y una escenografía supuestamente inspiradas en el espíritu de la vieja tradición. Sabemos que durante el s. XVII el «trabajo» de las logias respondía a un ritual muy sencillo, que se desarrollaba en torno a una mesa, y consistía fundamentalmente, además de la oración inicial y final, en la recepción de nuevos miembros, las denominadas *Lecturas* –principal forma de instrucción basada en una especie de catecismo que incluía la explicación de los símbolos propios, la transmisión de unos principios éticos y una historia mítica referida a los antiguos constructores<sup>13</sup>–, la comunicación de ciertas palabras y signos de reconocimiento, la enumeración y compromiso jurado de cumplimiento de las obligaciones, y las actividades de tipo confraternal, entre las que los banquetes desempeñaban un papel central. Este ritual se irá complicando con posterioridad a la unificación y regularización de las logias, de modo que el peso del mismo basculó de las *Lecturas* a un sistema ya iniciático de grados comparables a los actuales de aprendiz y compañero. En la tercera década del s. XVIII muchas logias europeas ya seguían un rito que incluía los tres grados básicos de la forma común que se

<sup>11</sup> Las versiones sobre estas dos columnas o pilares, uno de piedra y otro de ladrillo, que contenían todo el conocimiento de las artes y las ciencias amasado hasta ese momento, varían según los ritos. Para unos fueron erigidos por Seth, el nieto de Adán; otros, sin embargo, reclaman que los pilares fueron construidos por Henoch, cinco generaciones después de Seth.

<sup>12</sup> En aquellos documentos, en los que ya se establece una discriminación laboral entre maestros, compañeros y aprendices, tan sólo encontramos referencias al secreto que se debe tener sobre las deliberaciones mantenidas en la logia o taller, un juramento respecto al reglamento de su oficio, y trazas de una ceremonia de aceptación –no aún de iniciación– en el gremio de los constructores (Nefontaine, 1994: 12).

<sup>13</sup> Robert Macoy (1872: 680) ponía así de manifiesto la importancia de las «Lecturas simbólicas»: «Las formas, símbolos, y ornamentos del Arca Real de la Masonería, así como los ritos y ceremonias que en el presente se encuentran en uso entre nosotros, fueron adaptados por nuestros predecesores en la construcción del segundo templo. De este modo, para preservar en nuestras mentes los significados providenciales por medio de los cuales ese gran descubrimiento fue efectuado, así como en nuestros corazones la lección de esa elevada moralidad, nosotros, como miembros de este exaltado grado, gracias a la práctica, disponemos del recurso a las explicaciones de la lectura simbólica» (la trad. es nuestra).

mantiene en nuestros días —una vez incorporado el de maestro—, y que a mediados del siglo ya era prácticamente universal (MacNulty, 1993: 72-73).

A partir de estos decenios iniciales del setecientos, en paralelo a la rápida difusión de la masonería por toda Europa y sus territorios de ultramar, y a la creciente diversificación y complicación de los rituales con la proliferación de los Altos Grados, se producen determinados fenómenos que irán progresivamente enriqueciendo el simbolismo masónico a la vez que incrementan su carácter místico y esotérico. Diversos adeptos, deseosos de establecer para su Orden una antigüedad mayor que la que se arrogaban otras organizaciones esotéricas, comenzaron a especular con la posibilidad de que su filosofía y práctica hubieran llegado a nosotros directamente de los tiempos más remotos [fig. 5], y ello explica la abundancia de grabados e ilustraciones en los que

se muestra a arquitectos masones construyendo las ciudades del mundo antiguo. A finales del s. XVIII y comienzos del XIX algunos de estos eruditos emprendieron viaje rumbo a Oriente Medio en busca de vestigios de aquellas culturas que habían practicado los antiguos misterios, y, fuertemente condicionados por su perspectiva filosófica, creyeron reconocer similitudes rituales y simbólicas entre su Orden y las viejas civilizaciones y tradiciones que alentaron la idea de la conexión ininterrumpida con los ritos primordiales. No faltan teorías, con cierta vigencia aún en la actualidad, que cimentan el origen de la masonería en un «conocimiento esotérico» que fluyó de modo directo desde los *Collegia fabronum* romanos<sup>14</sup> hasta los primeros gremios medievales, siendo adoptados estos misterios por la corporación de los francmasones franceses, lo que propició su posterior difusión por todo el continente<sup>15</sup>.



Fig. 5. William Tringham (grabador), *Los misterios que aquí se muestran, tan sólo para un mason son conocidos* (Londres, 1755).

<sup>14</sup> Se considera —sin fundamento histórico contrastado— que algunos de los miembros más cultos de esta escuela romana que dirigía la actividad de la construcción pudieron interesarse por las especulaciones filosóficas vinculadas al contexto de su ocupación, y tal vez entre ellos pudo ponerse en práctica y preservarse algún «antiguo misterio» sobre geometría sagrada, que se supone heredado directamente del pensamiento pitagórico, orientado hacia la arquitectura (MacNulty, 1993: 8).

<sup>15</sup> Añade W. Kirk MacNulty (1993: 8-9) que tan sólo existen especulaciones sobre el modo en que este conocimiento esotérico se transmitió a través de la Cristiandad, y en particular a Inglaterra, donde sabemos que tuvo origen la masonería especulativa. Frente a la teoría poco rigurosa de una transmisión directa de esta línea de pensamiento esotérico desde las escuelas romanas hasta las primeras cofradías medievales de

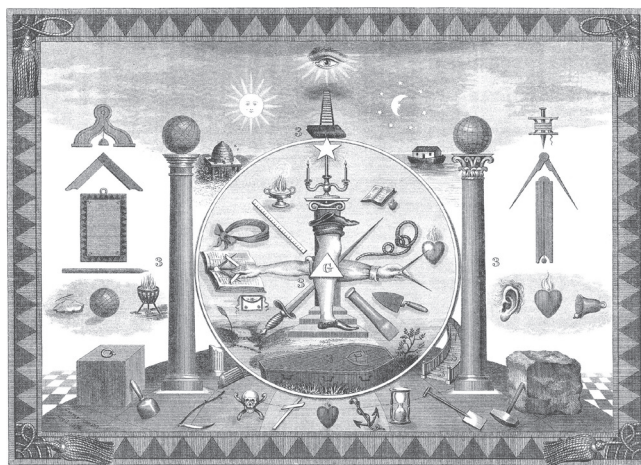
En esta búsqueda de los remotos orígenes rituales y conceptuales de la Orden, no falta la atención que numerosos intelectuales dispensarán a las tradiciones caballerescas medievales, sin discernir entre reales o legendarias, así como a las diversas corrientes de pensamiento y espiritualidad que se irán poniendo de moda: misticismo, neoplatonismo, esoterismo, ocultismo, cábala, hermetismo, rosacrucismo, alquimia... , movimientos que se confunden unos con otros en una mezcla sincrética que se erigirá en una de las señas de identidad del imaginario masón. A la labor de estos eruditos se sumó la de los artistas, escritores y músicos de finales del s. XIX e inicios del XX promotores de una corriente simbolista marcada por una tendencia a lo onírico, a lo sobrenatural y a lo sagrado, que desbrozaron aún más si cabe el camino a aquellos masones fascinados por lo esotérico<sup>16</sup>. Ello tuvo como resultado un creciente interés hacia las sociedades iniciáticas –misterios egipcios, comunidad pitagórica, misterios de Eleusis, mitraísmo, tradición hebraica, ritos dionisiacos, esenios, templarios...–, lo que supondrá nuevos aportes a los rituales que acabarán de definir la práctica masónica moderna.

Bajo estas influencias múltiples, la masonería comenzó a perfilarse como una sociedad iniciática, de modo que se impone la acepción «iniciado» o «iniciación» frente a la anterior «recepción» de los aspirantes al ingresar en la misma. A partir de la costumbre de los artesanos verdaderos de transmitir los arcanos de su oficio de maestro a aprendiz, surge en consecuencia el mito del «secreto masónico»<sup>17</sup>. Este aura de hermetismo que impregna cada palabra, gesto o símbolo a partir de las tradiciones legendarias transmitidas por el maestro, unida a la evidente estructura jerárquica de sus adeptos, basada en un orden y obediencia de reminiscencias caballerescas y feudales, y a una valoración casi monacal del silencio y la lentitud, fue la causante en gran medida de los movimientos críticos antimasones que veían en esta sociedad una secta de conspiradores en la sombra unidos para difundir subrepticamente su influencia, o para atentar contra el orden establecido.

Francia e Inglaterra, nosotros refrendamos la opinión de un fenómeno inverso: al tiempo que se consolida la masonería especulativa, se comienzan a buscar y estudiar corrientes de pensamiento, antiguos misterios y rituales, relatos legendarios o restos arqueológicos que muestren alguna coincidencia con el ritual e imaginario masónicos que empiezan a fraguarse desde principios del s. XVIII, alimentados en buena parte, precisamente, por el aporte progresivo de todas aquellas tradiciones ancestrales.

<sup>16</sup> Una pequeña agrupación británica fue representativa de esta moda: la Orden hermética del Alba Dorada, sociedad secreta fundada a finales del s. XIX por ocultistas y algunos masones, que supone una mezcla de teosofía, mitos masónicos y alquímicos. Numerosos escritores y artistas frecuentaron esta sociedad, como Bram Stoker, Arthur Machen, y masones como Annie Besant, Oscar Wilde o Arthur Conan Doyle, este último ferviente apasionado del espiritismo.

<sup>17</sup> Tal secreto podría estar referido, de forma genérica, a las narraciones míticas que trascienden signos y rituales, o, en ocasiones, de manera más precisa, de acuerdo con el relato cripto-bíblico del arquitecto Hiram, sobre el que más adelante volveremos, a ciertas palabras o signos de reconocimiento propios del grado de maestro. En la actualidad se entiende que el secreto es un concepto de naturaleza espiritual –así se refleja en el reglamento de la Gran Logia de Francia–, que alude a las emociones incommunicables e intransferibles que el aspirante experimenta durante el proceso de iniciación.



MASONIC EMBLEMS

*Proprietarily Dedicated (by permission) to the W. M. Lodge, Mitchell Sq. of Penmanship, The Most Worshipful Grand Master, Masons of Scotland, By His Warranted Servant, William Jones*

Fig. 6. George Kenning (ed.), *Emblemas masónicos* (grabado inglés, 1874).

### 3. TIPOS Y FUENTES DE LA SIMBOLOGÍA MASÓNICA

Como punto de partida, puede resultar válida la clasificación que Francisco Ariza (2007: 18 y ss.) nos propone de los tipos de símbolos al uso en el contexto de la práctica masónica. Este autor considera que la simbología de la Orden se puede manifestar por una triple vía:

a. Símbolos geométricos y visuales: responden a la vieja identificación de la actividad masónica con la Arquitectura y la Geometría, esta última como disciplina que encuentra su aplicación natural en la primera. Tal simbolismo geométrico, igual que el numérico, se hace proceder de la tradición pitagórica, que llegó supuestamente a los gremios medievales de constructores a través, recordemos, de los *Collegia fabrorum*, receptores y detentadores de aquellas nociones sobre geometría sagrada, hasta el punto de llegar a interpretarse en ocasiones a la masonería como una «adaptación contemporánea del pitagorismo»<sup>18</sup>. Ariza entiende que en esta categoría deben integrarse esen-

<sup>18</sup> De acuerdo con la tradición masónica, Pitágoras fue, junto con el legendario Hermes Trismegisto – personalidad esta última omnipresente en el origen de toda corriente esotérica que se precie –, uno de los fundadores míticos de la Orden. De acuerdo con una de sus leyendas, ambos personajes se encontraron con las columnas en las que Lamec y sus dos hijos inscribieron, antes del gran Diluvio bíblico, los principios de la ciencia primordial transmitida a la humanidad desde sus orígenes. Ambas columnas – asimiladas posteriormente a las columnas J y B del templo masónico –, constituyen los fundamentos ideológicos de la Orden: el hermetismo que se confiere a su naturaleza iniciática en busca de la luz y la sabiduría, y el pitagorismo, que proporciona los elementos aritméticos y geométricos necesarios que reclama el simbolismo constructivo; se considera que ambas corrientes son directa o indirectamente de origen egipcio, en un

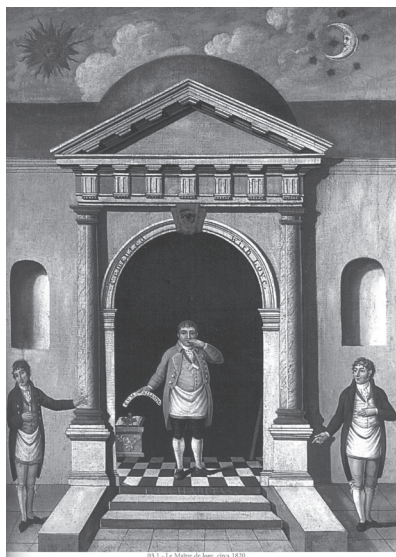


Fig. 7. Anónimo inglés, *El maestro de Logia*, óleo sobre lienzo (c. 1820). Edimburgo, Museo y Biblioteca de la Gran Logia de Escocia.

cialmente las herramientas o útiles relacionados con la actividad arquitectónica, entre otras figuras frecuentemente utilizadas en la decoración de la logia, como el delta luminoso y la estrella flamígera de cinco puntas, si bien, como veremos enseguida, el repertorio visual de símbolos masónicos es mucho más amplio y diversificado, con múltiples elementos ya sean icónicos —emblemas y jeroglíficos, personificaciones, escenas descriptivas y narrativas...— o textuales —lemas, acrósticos...— inspirados, ya lo hemos indicado, en todo tipo de concepciones filosóficas y corrientes espirituales [fig. 6].

b. Símbolos sonoros y vocales: constituyen la enseñanza oral con la que se complementa la instrucción visual propia del simbolismo geométrico. Entre ellos, además de las narraciones legendarias relacionadas con los distintos grados, deben destacarse las «palabras sagradas» —ya se entiendan éstas como las distintas denominaciones o aspectos del Gran Arquitecto, o aquellos vocablos «secretos» con los que se encuentra signado específicamente cada grado masónico, y cuyo significado da sentido y orienta los trabajos rituales y simbólicos que se desarrollan en cada fase de su proceso iniciático—, y las «palabras de paso» —cuya posesión permite el acceso de un grado a otro, y se relacionan con la simbólica de pasaje y de tránsito, común a toda vía iniciática—.

c. Símbolos de movimiento o ritos: concebido como una constante y necesaria vivificación de los símbolos, el rito o ceremonial posee una importancia capital en la práctica masónica como elemento que proporciona «fuerza y vigor» a todas las actividades que se desarrollan en la logia, que, de lo contrario, podrían verse reducidas a comportamientos rutinarios o a actos puramente mecánicos. En este sentido, la meditación, la concentración y el trabajo sobre los símbolos constituyen también una forma del rito, pues el fin último de éste es generar un estado anímico receptivo apropiado para la óptima comprensión de las realidades superiores vehiculadas por los símbolos. Se diría que el rito, realizado en esas condiciones, es una «meditación en la acción». Ya hemos dicho que en el templo masónico, imagen simbólica del orden del Universo, todo responde al ritual, y cada gesto o signo ceremonial sugiere una enseñanza que ha de fomentar la reflexión y progresión integral de los aspirantes.

intento de reafirmar los orígenes místicos del movimiento.

Dentro de esta categoría de símbolos de movimiento, una tipología específica del sistema masónico son los signos gestuales, o posturas rituales que los iniciados pueden adoptar de acuerdo con la posición de brazos, manos y pies, y que se encuentran perfectamente tipificados para los distintos grados, o como medio de expresión silenciosa en distintos momentos de su liturgia [fig. 7]. Así tenemos el «Signo de al orden», posición con la que se expresa que el individuo está preparado interiormente para que pueda producirse la «recepción» de la instrucción masónica, o el «Signo de reconocimiento», gesto que nos indica que el masón se reconoce como tal gracias a la disposición de sus extremidades en imitación a la forma de los útiles arquitectónicos<sup>19</sup>.

Con todo ello se ratifica la idea de que la masonería ha sabido aglutinar, mejor quizás que cualquier otra sociedad iniciática moderna, todas las fuentes y recursos simbólicos disponibles con los que ha enriquecido su pensamiento y, en consecuencia, su iconografía. Además, el imaginario masónico se ha sometido sin dificultad a la influencia de los estilos y las modas, ya se trate de acontecimientos de orden interno, o de las circunstancias históricas con las que esta sociedad ha mantenido actitudes unas veces comprometidas, y en otras ocasiones indiferentes. Se puede constatar, en cualquier caso, que la Orden ha desarrollado una tendencia a elegir sus símbolos y mitos preferentemente en dos dominios que, desde sus orígenes, descansan sobre principios firmemente establecidos: el simbolismo del arte de construir y la fuente bíblica, ambos tipos considerados «símbolos fundamentales» de la masonería.

### 3.1 LA ARQUITECTURA Y LA GEOMETRÍA SAGRADA

El simbolismo de los útiles de arquitectura constituye un apartado fundamental en el sistema iniciático masón. Integrados en la decoración del templo, presentes en los tableros de los distintos grados de la logia, o dispuestos sobre el altar, son acompañamiento necesario de los «viajes» simbólicos e iniciáticos emprendidos por el aspirante masón, y es ahí donde alcanzan su plena

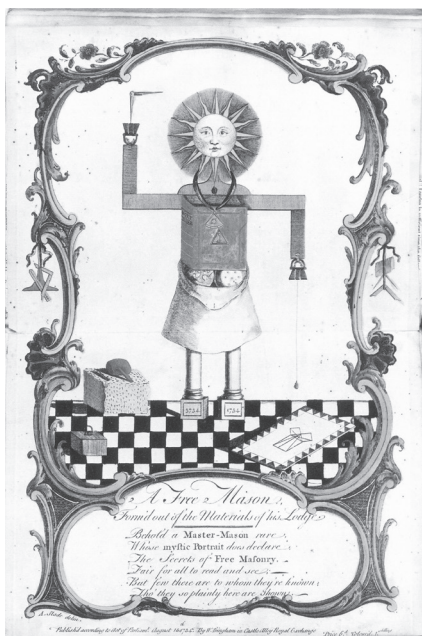


Fig. 8. A. Slade (diseño), *Un francmasón formado con los materiales de su logia* (Londres, 1754).

<sup>19</sup> Ya desde 1724 tenemos noticia de sistemas de gestos como el Gutural, Pectoral, Manual o Pedal —o Pedestal— referido a las distintas partes del cuerpo.

significación y valor. De este modo, los útiles son insertados en un sistema coherente, el de la iniciación masónica, donde adquieren una dimensión suplementaria: cada uno de ellos, a partir de su utilidad práctica propia –pues no dejan de ser los objetos físicos que emplea el artesano para realizar su trabajo, cuyo uso requiere una gran destreza–, proporciona una enseñanza al neófito que le permitirá conocerse mejor a sí mismo y avanzar en la armonía con sus hermanos [fig. 8]. En su trasposición del trabajo operativo al especulativo, las herramientas representan las capacidades psicológicas con las que el masón debe identificarse, dominar y después utilizar en su vida cotidiana, y su familiaridad con ellas resulta necesaria para su adecuada progresión<sup>20</sup>. Así, en el primer viaje, cincel y martillo sirven al profano para desbastar su «piedra bruta», esto es, su propia persona, y liberarla así de sus imperfecciones, tarea básica en el grado de aprendiz. Pero, en su transición al grado de compañero, debe aprender igualmente a servirse de otros utensilios: en el segundo viaje, la escuadra y el compás le procurarán el conocimiento de la Geometría; la regla y la palanca, en el tercer viaje, permiten al futuro compañero saber combinar el espíritu y la fuerza; la enseñanza de la plomada y del nivel está reservada al cuarto viaje; a lo largo del último viaje, en fin, la paleta viene a rematar el trabajo para que quede acabado y perfecto el edificio del conocimiento (Morata, s. a.: 19)<sup>21</sup>.

Ya adelantamos que la iconografía de los útiles se encuentra estrechamente relacionada con diversas formas y figuras geométricas. En las viejas *Old Charges* se ponía de manifiesto la gran importancia de la Geometría –disciplina sagrada, empleada por el Gran Arquitecto en la creación del Universo, y adoptada por filósofos herméticos y constructores para la propuesta de una Cosmogonía concebida como *Architectura* o *Harmonia mundi* (Ariza, 2007: 12)– en relación con las demás Artes Liberales<sup>22</sup>. No faltan en el imaginario masónico, por tanto, diversas formas geométricas, recuperadas de remotas corrientes filosóficas –esencialmente la pitagórica–, que se revisten de complejos ropajes místicos y cosmogónicos. Tal vez la figura más habitual sea el delta luminoso –a

<sup>20</sup> Dependiendo de los textos, la interpretación que se hace de la lectura interpretativa y reflexiva de estas herramientas puede evolucionar desde lo más elemental, hasta unas complejas implicaciones místicas y filosóficas que, de nuevo, nos devuelven a la vertiente más legendaria y mitificada de la masonería.

<sup>21</sup> En tanto para el primer Grado se presentan al aspirante herramientas de medida y preparación –escuadra y compás, plomada y nivel, martillo y cincel–, necesarias para que una persona empiece a conocer su oficio, en el segundo Grado encontramos ya los útiles de un trabajador cualificado –los anteriores, más regla graduada y palanca– y, en el tercer Grado –sus herramientas propias son el lápiz, el compás y el *skirret*–, ya se suministra el equipamiento propio de un arquitecto.

<sup>22</sup> En el Ms *Regius* se indica que el gran geómetra Euclides fue el creador de las «siete ciencias», y en el Ms *Cooke* leemos: «No debe maravillar lo que dije de que todas las Ciencias existen únicamente en la Ciencia de la Geometría. Pues no hay objeto artificial o manual que pueda ser creado por las manos del hombre, pero sí por la Geometría. Y hay una notable razón para ello: pues si un hombre trabaja con sus manos, éste trabaja con cierto tipo de herramienta: y no hay instrumento en este mundo material que no proceda de la naturaleza de la tierra, y que a la tierra no regrese. Y no hay instrumento, es decir, herramienta de trabajo, que no tenga cierta proporción, y la mayor o menor proporción es medida, y la herramienta o instrumento es tierra, y la Geometría es definida como 'la medida de la tierra'. De este modo puedo decir que el hombre vive en su totalidad por la Geometría, pues todos los hombres en este mundo presente deben vivir gracias al trabajo de sus manos» –la trad. es nuestra a partir del texto inglés reproducido en Moore (2009: 131-133)–.

veces, con la imagen del ojo interior, o los caracteres hebraicos del tetragrama sagrado, conforme a su concepción trinitaria cristiana— así como la estrella de 5 puntas —*pentagramática* o *pentalfa*— o estrella flamígera, ambos presentados como símbolos respectivos del Gran Arquitecto y de la luz de la razón y de la inteligencia humanas que han de presidir las actividades de la logia. Normalmente, en el interior de la estrella de cinco puntas encontramos inscrita la letra «G», que ocupa una posición central y significativa en todos los templos como llamada al ideal superior hacia el que deben tender los esfuerzos de todos los adeptos; puede hacer referencia a Dios, de acuerdo con su denominación en los países anglogermánicos —*God*, *Gott*—, como Gran Arquitecto o Gran Geómetra, a la propia Geometría como fundamento de las restantes artes y ciencias, a conceptos como gnosis, gravitación, generación, género humano, genio..., o sencillamente aludir a la letra griega *gamma*, cuya grafía es similar a la de una escuadra (Moore, 2009: 144-145) [fig. 9].

Otras figuras geométricas frecuentes son la transcripción visual del teorema de Pitágoras sobre el triángulo rectángulo de lados 3-4-5, o el círculo con un punto central dispuesto entre dos líneas verticales paralelas. Este último signo, frecuente en los cuadros de logia, es una composición basada en la proporción divina o número de oro. Su figura, sobre la que suele descansar el Libro Sagrado y sobre él, a su vez, la escala ascendente de Jacob, representa en sus dos líneas rectas

a las columnas B y J del acceso al templo, que, a su vez, aluden simbólicamente a los patrones cristianos de la Masonería —heredados de su vertiente operativa—, los dos santos Juanes, si bien, con la de-cristianización del s. XIX, ambas líneas cambiaron su denominación por la de Moisés y el rey Salomón, personajes más fácilmente aceptables para otras creencias religiosas. Si pensamos en el círculo como el mundo creado por la divinidad, por el cual tenemos que circular a lo largo de nuestra vida, el hombre se encuentra en el centro del mismo, con su conducta regulada por la sabiduría que emana de las dos paralelas y el libro de la Ley Sagrada.

### 3.2 LOS RELATOS Y LEYENDAS BÍBLICOS

Desde su mismo origen existieron estrechos vínculos entre las primeras logias operativas inglesas y la Iglesia, primero la católica y después la anglicana, pues fue



Fig. 9. Anónimo, «Cámara media del templo», en Jeremy L. Cross, *The True Masonic Chart or Hieroglyphic Monitor*, Nueva York, 1851.



Fig. 10. G. Lichtensteger (grabador), «Salomón con los planos del templo», grabado en J.J. Scheuchzer, *Physica Sacra iconibus illustrata*, Augsburg-Ulm, 1731.

en torno a grandes edificaciones religiosas donde se configuraron las principales agrupaciones de canteros. Como se deduce de sus reglamentos, estas corporaciones debían fidelidad a la Iglesia, celebraban fiestas a sus santos patrones y abundaban en las lecturas bíblicas en todos sus actos sociales; además, entre los primeros masones «aceptados», o los redactores de los primeros textos constitucionales modernos —James Anderson o John T. Desaguliers—, se encontraban clérigos y altos dignatarios eclesiásticos, de modo que en las *Constituciones* de 1723 figura un capítulo «Sobre Dios y la Religión». Entre las denominadas «Tres Grandes Luces de la Masonería» ha de estar presente, junto a la escuadra y el compás, el volumen de la Ley Sagrada —la *Biblia* en los países cristianos, o cualquier otro texto sacro que refleje la creencia religiosa mayoritaria de los hermanos que componen la logia—, de modo que ninguna hermandad puede trabajar sin que estos elementos se encuentren expuestos. La influencia de la religión sobre la iconografía, a través fundamentalmente de alusiones bíblicas, es incontestable. No resulta por tanto extraño encontrar un buen número de motivos cristianos entre las figuras de los tableros de la logia. Entre ellos se cuentan, por ejemplo, alusiones a grandes empresas constructivas referidas en el *Antiguo Testamento*, como la Torre de Babel, el Arca de Noé o el santuario de Moisés en el desierto. Pero será, sin embargo, el relato del rey Salomón y la erección del Templo de Jerusalén, referente nuclear de la genealogía simbólica masónica, el episodio que acabe eclipsando a todos los demás por sus múltiples conexiones directas con el diseño del templo masónico, el lugar de reunión ceremonial, rebosante de alusiones a aquel pasaje bíblico. Pero, además, todo el ritual de elevación a la maestría se desarrolla sobre el eje de la muerte del Gran Arquitecto de Salomón, Hiram o Juram Abí, de acuerdo con la mitología tradicional de la Orden.

El mito de Hiram es sin duda uno de los relatos de inspiración bíblica con mayor proyección en el aparato visual masónico. Responde al deseo de instaurar una leyenda que pudiera integrar sus conocimientos de las tradiciones de los antiguos constructores y las lecturas bíblicas. De ahí la creación de un psicodrama de muerte y renacimiento con el que dotar de profunda significación el paso al grado de Maestro —que no aparecía en las *Constituciones* de Anderson, ya que fue incorporado hacia

1730— inspirado en el relato de la muerte de Hiram, arquitecto mítico del Templo de Salomón entre 1014 y 930 a. C. (Morata, s. a.: 28–29)<sup>23</sup> de acuerdo con los textos de *1 R 7*, 14–22<sup>24</sup> y *2 Cro 2*, 12–13. En estos pasajes aparece fugazmente evocado un obrero broncista, Hiram Abí o Abiff, que no debe confundirse con Hiram, primer rey de Tiro, ciudad de la que el obrero era originario, conocido como hijo de una viuda de la tribu de Neftalí. De este modo, la masonería del s. XVIII ha promovido a un artesano, personaje secundario de la *Biblia*, al rango de Gran Arquitecto del Templo de Salomón [fig. 10], detentador de una elevada sabiduría profesional y depositario de unos valores morales y filosóficos coincidentes con los del pensamiento masón, que llega a defender con su propia vida. Al acceder «legalmente» a la maestría, el compañero masón revivirá el asesinato de Hiram, y se unirá a él mediante una muerte simbólica, con el fin de continuar su iniciación y su camino desde las tinieblas hacia la luz.

### 3.3 OTRAS INFLUENCIAS SIGNIFICATIVAS: MISTERIOS EGIPCIOS Y CABALLEROS TEMPLARIOS

A lo largo del s. XIX la filosofía de la primera masonería especulativa se dejó impregnar por el ocultismo, tanto en sus ritos como en su pensamiento, cuestión en la que insistiremos más adelante. Baste decir ahora que esa vertiente esotérico-misteriosa de la Orden se canalizó por varias vías, si bien una de ellas imprimió su huella indeleble en su imaginario. Y es que la masonería, al igual que el arte, la moda y la cultura de su tiempo, no pudo resistirse a la tentación de entroncar el origen de sus procedimientos y ritos con la antigua civilización egipcia<sup>25</sup>, tendencia que se inserta

<sup>23</sup> Según la leyenda, las grandes obras del Templo de Jerusalén atrajeron a tres nuevos operarios (Abiram, Romvel y Gravelot, o Habben, Schterke y Austersfürth, o Jubelas, Jubelos, y Jubelum, etc.). Deseosos del salario que iban a percibir, pero sobre todo impacientes por acceder al grado de maestros de la construcción, se decidieron a obligar al arquitecto Hiram a revelarles, por la fuerza si era necesario, las palabras sagradas de la maestría. Sabiendo que Hiram acostumbraba a pasearse por el edificio, los tres compañeros acordaron apostarse en las tres puertas del templo y esperar la llegada de su maestro. Al traspasar la puerta sur, Hiram se encuentra con el primero, que le demanda que le revele sus secretos; Hiram se niega y el compañero, furioso, le golpea en la garganta con una regla. Herido, Hiram se retira hacia la otra puerta, donde se repite la escena, y el segundo compañero le golpea con una escuadra en el lado izquierdo del pecho. Casi muerto, el arquitecto se dirige a la tercera puerta, donde el tercer obrero, ante la misma negativa, acaba con él de un golpe de martillo en la frente. A continuación, los tres compañeros entierran sus despojos a las afueras de la ciudad, y plantan sobre la tumba una rama de acacia. Todo este mito gira en torno al rito de la muerte y la resurrección, puesto que, por medio de los tres golpes, se simboliza la muerte física, la muerte emocional y la muerte mental. Hiram renace a la vez en un cuerpo, un corazón y un espíritu mejores. La leyenda de Hiram puede ser representada, parcialmente o mediante sus símbolos, sobre los mandiles de maestros o en los altos grados, pero también en los tableros de la logia de maestro, como veremos.

<sup>24</sup> En *1 R 4*, 14–18 se menciona igualmente a Adoniram como prefecto de todos los obreros; en él se pretende ver al mismo personaje revestido de funciones distintas. Ver Ariza (2007: 160, nota 6).

<sup>25</sup> «Los usos y costumbres de los Masones se han correspondido siempre con aquéllos de los antiguos Egipcios; con los cuales, además, guardan una cercana afinidad. Esos filósofos, celosos de exponer sus misterios a los ojos del vulgo, encubrieron sus particulares dogmas y principios de política y filosofía bajo figuras jeroglíficas; y expresaron sus nociones de gobierno mediante signos y símbolos, los cuales ellos tan sólo comunicaron a sus Magos, quienes eran obligados mediante juramento a nunca revelarlos» (Preston, 1829:

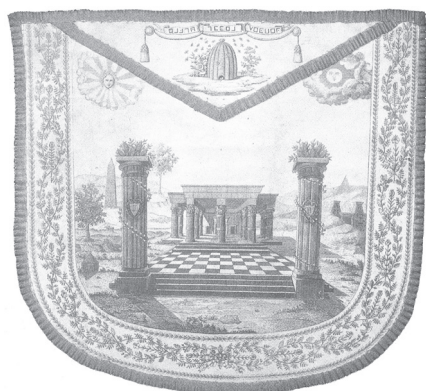


Fig. 11. Templo masónico concebido como templo egipcio, mandil «Retorno de Egipto», finales del s. XVIII. Pintura azul sobre seda blanca. Col. Gran Oriente de Francia, París.

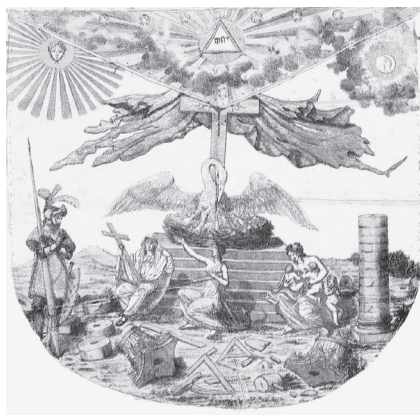


Fig. 12. Mandil con caballero, virtudes teológicas y símbolos rosacruces. Dibujo a mano mediante patrones sobre piel, de la casa Guérin (finales del s. XVIII). Col. Gran Oriente de Francia, París.

sin dificultad en el amplio fenómeno de la «egiptomanía» que se desató en la Europa de la primera mitad del s. XIX. El impacto mediático ejercido por la expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto, y el acarreo de numerosas obras artísticas de aquella procedencia, pusieron de moda el exotismo oriental, y explican la proliferación de eruditos decididos a encontrar los orígenes de la Orden en Oriente y en Asia<sup>26</sup>. De este modo, junto con la construcción del Templo de Jerusalén, las edificaciones y los ornamentos egipcios se convierten en el segundo gran soporte de la simbología arquitectónica masónica más reciente: así, al menos desde 1815, y hasta mediados del siglo, observamos entre sus decoraciones la incorporación de pirámides, obeliscos, columnatas de templos faraónicos, esfinges y escenografías ambientadas en el desierto [fig. 11]. Pero también sus misterios han inspirado algunas de sus tramas ceremoniales más singulares: el ritual de Menfis-Misraïm; vigente aún en la actualidad, creado hacia 1738, fue «recuperado» y puesto en práctica por oficiales de la misión que acompañó a Bonaparte en su aventura norteafricana.

Por otra parte, si bien es cierto que el imaginario masónico se constituyó esencialmente en el marco del universo racionalista de la ilustración, ciertas hermandades, llevadas de un impulso prerromántico, deseaban fundamentar su Orden en unos orígenes distintos al de los «humildes» constructores medievales (Chaboud, 2008: 87). Reeditados en el s. XVII de la mano de un pequeño colectivo de autores conducidos por el pastor alemán Johan Valentin Andreae, volvieron a ponerse de

40-41). La trad. es nuestra.

<sup>26</sup> Existen notables precedentes de esta moda en el s. XVIII: es el caso de Giuseppe Balsamo, más conocido como conde de Cagliostro (1743-1795), aventurero que recurrió a la charlatanería ocultista, y creó una logia masónica «de los Misterios Egipcios».

moda unos *manifestos* rosacruces que atestiguan la existencia de una fraternidad cristiana nutrida de hermetismo, de gnosis, de cábala y de esoterismo, producto de una efervescencia erudita del s. XVI que se abre a la ciencia naciente, y que se manifestó en un peculiar imaginario síntesis de hermetismo cristiano y arte alquímico (Yates, 2008: 82-83). Aquellas profesiones de fe rosacruz contenían también preocupaciones de reformas sociales, intelectuales y religiosas, e inspiraron a diversos pensadores, filósofos y científicos ingleses que se ubican en el origen de la masonería moderna<sup>27</sup>. También en el s. XVIII, en el seno de determinadas logias alemanas, surgieron iniciativas de renacimiento del movimiento Rosacruz, abriendo una vía caballeresca con claros tintes alquímicos que fue concretada por André-Michel de Ramsay, y que difundió una imagen totalmente extraña al espíritu y la letra de la fundación del movimiento —el llamado «Escocismo»—, transformando a los hermanos masones en una suerte de caballeros que portan sus espadas y estandartes en marcha hacia sus reuniones<sup>28</sup>. Por otra parte, motivos emblemáticos procedentes de la vieja literatura rosacruz se inscriben en el repertorio heráldico de los «Altos Grados» que se incorporan durante los ss. XVIII y XIX<sup>29</sup>, dentro de un ambiente general de exaltación de los símbolos medievales [fig. 12]. Desde este momento proliferarán los emblemas «heráldicos»<sup>30</sup> fundamentales del grado de caballero Rosacruz, vinculados a la búsqueda de la «palabra perdida» con la muerte de Hiram, la resurrección, el amor y el fuego, que enumeraremos más adelante.

La Revolución francesa, en fin, fue la ocasión para la masonería de introducir nuevos motivos e ideas. En efecto, del hecho de la participación activa en los acontecimientos que tuvieron lugar en Francia a finales del s. XVIII por parte de francmasones como La Fayette, Marat, Sieyès o Le Chapelier, se generó una imaginaria «revolucionaria masónica» destinada a glorificar a sus héroes a través de los tableros, las medallas, los bronceos, etc., donde reinará la divisa *Liberté, Egalité, Fraternité* que, por extensión, se convertirá en lema de toda la Orden.

<sup>27</sup> Valgan los ejemplos de Robert Moray (c. 1600-1673) o Elias Ashmole (1617-1692). Ambos, que se cuentan entre los primeros masones aceptados conocidos, testimonian un temprano interés de la masonería por el Hermetismo, la Cábala o los templarios. Los dos fueron miembros fundadores de la Royal Society, creada en 1660 en Oxford, que reagrupó a la élite intelectual de su país; 24 de sus componentes —con John Locke— figuran entre los masones que fundaron la Gran Logia de Londres (Yates, 2008: 264 y ss.; Baigent y Leigh, 2005: 190-193).

<sup>28</sup> Además de las *Constituciones* de 1723, uno de los textos más influyentes en el pensamiento y simbología masónicos modernos son los *Discours* de Ramsay de 1736. En este tratado se propone un origen templario y escocés de la «confraternidad» de los francmasones, y se insiste en el carácter caballeresco de la Orden. Este texto se inscribe en un momento de proliferación descontrolada de Altos Grados, y da lugar a un simbolismo particular que va a llenar sus templos de caballeros, espadas, estandartes y armaduras medievales.

<sup>29</sup> Denominado Soberano Príncipe Masón, o Caballero del Águila o del Pelicano, el Caballero Rosacruz se corresponde al 18º grado del Rito Escocés Antiguo y Aceptado, y al 7º grado del cuarto orden del rito francés. Para un exhaustivo análisis de la historia, ritos y símbolos de los Altos Grados de las distintas obediencias, ver J.-P. Bayard (2008).

<sup>30</sup> Salvator Farina (2007) reproduce y comenta los emblemas heráldicos de los tres grados básicos o «grados azules», junto con los correspondientes a los restantes treinta Altos Grados del Rito Escocés.



Fig. 13. Anónimo, «Iniciación masónica», frontispicio grabado de *Der Verkklärte Freymaurer*, Viena, 1791.

#### 4. INICIACIÓN Y PERFECCIÓN: LA FUNCIÓN DE LOS SÍMBOLOS MASÓNICOS

De acuerdo con sus constituciones y estatutos, la masonería es una antigua sociedad fraterna y laica —si bien en determinados contextos se sigue exigiendo la creencia en un ser supremo como principal requisito para ingresar en ella—, dedicada esencialmente a la práctica de la tolerancia, el respeto y la comprensión de los demás por encima de las diferencias religiosas o ideológicas, al fomento de altos grados de moralidad entre sus miembros y a la realización de obras de beneficencia. Sus aspiraciones de universalidad favorecen la aceptación en su seno de todos los hombres «libres», sin distinción de raza, origen social o confesión religiosa, y con la única obligación de ser persona de «buenas costumbres» (MacNulty: 1993: 6). Pero, junto a estos propósitos idealistas y filantrópicos, en los decenios centrales del s. XVIII, como ya indicamos, la masonería devino de forma simultánea una sociedad de carácter

iniciático, que, a través de una rica y compleja estructura simbólica, y la escenificación de unos «dramas rituales» denominados «grados», inspirados en parte en las supuestas prácticas de los gremios de canteros medievales, comunica una enseñanza formativa de carácter autorreflexivo, no dogmático —la recepción de la «luz»—, basada en unos principios morales y éticos dirigidos a la «búsqueda de la verdad» [fig. 13]<sup>31</sup>. Las logias, como parte de su función administrativa, tienen la obligación de preservar ese conjunto simbólico protegiéndolo de cambios y desviaciones, pero sin llegar a interpretarlo, evitando de este modo caer en cualquier forma de dogmatismo. Las *Lecturas* que pretenden explicar los elementos materiales y sensibles en los rituales, en realidad no hacen más que remitir al lector a diversas fuentes literarias o narraciones, y recomendar su estudio. La interpretación de los símbolos, si llega a abordarse en su totalidad, es responsabilidad de cada masón, y es en este proceso de asimilación personal —y de la observancia de los principios que rigen la vida de cada cual— donde

<sup>31</sup> Robert Macoy (1872: 680–681) define a la Masonería como un «sistema de verdad», incorporado al plan original de la divina creación, que fue revelado por Dios al primer hombre, e impregnó la primitiva Orden masónica, «velada por medio de la alegoría, e ilustrada con símbolos».

radica realmente la actividad «mística» del Oficio de la masonería.

Todas las figuras, signos y gestos de la simbología masónica, que se han convertido en componente central de su concepción filosófica, son elementos susceptibles de interpretación y reflexión por insignificantes que parezcan. Duncan Moore (2009: 11), recogiendo el texto de una *Lectura* de interpretación del tablero del primer grado, indica: «[...] no hay un motivo o emblema aquí representado que no sirva para inculcar los principios de piedad y virtud entre todos sus genuinos seguidores»<sup>32</sup>. La búsqueda de la autoformación y del autoconocimiento por la vía del lenguaje de los símbolos es la esencia misma de la masonería, es su elemento dinámico de estudio una vez que esta sociedad perdió toda conexión con el trabajo manual de las viejas corporaciones operativas. Se pretende que el símbolo y el rito masónico sean universales, que sean capaces de reunir a todos

los hombres, independientemente de sus diferencias socioculturales, en torno a un trabajo individual y colectivo al mismo tiempo (Ariza, 2007: 13)<sup>33</sup>; y debe proporcionar al aspirante materia para la investigación y la comprensión de sí mismo y del mundo que lo rodea. Siguiendo una analogía típicamente masónica, el símbolo es al masón lo que la piedra bruta era para el cantero medieval, pues el símbolo tiene ese aspecto «duro, macizo y oscuro» del bloque sin trabajar, que no puede aprehenderse de otro modo que no sea el estudio perseverante. Esa investigación debe llevar al adepto a buscar lo que está más allá de su aspecto material y sensible, debe ser capaz de encontrar la correspondencia entre el objeto y lo que éste manifiesta en su dimensión más elevada y trascendente. De este modo, retornando a una concepción de nuevo masónica, los símbolos se transforman en vehículos de la edificación a la vez del «templo interior» —esto es, la progresión personal del individuo por medio de un mejor conocimiento de sí mismo— y del «templo exterior» —el progreso general de la Humanidad—.

<sup>32</sup> La trad. es nuestra.

<sup>33</sup> Las reflexiones sobre el simbolismo masón insisten frecuentemente en la idea, de evocaciones jungianas, de que esas «formas y estructuras simbólicas» pretenden responder «a unos arquetipos universales, a unos principios que son coetáneos con cualquier tiempo o circunstancia histórica o personal, por lo que pueden ser actualizados en cualquier momento».

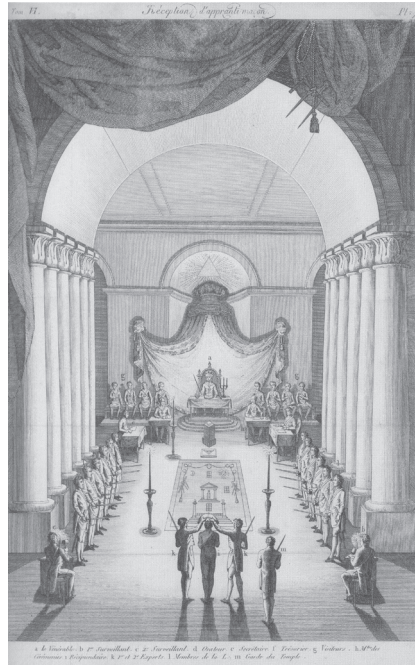


Fig. 14. Anónimo, *Recepción del aprendiz masón* (grabado francés, 1809).

## 5. LOS LUGARES DE LA IMAGEN-SÍMBOLO

El imaginario masónico se extiende a todos los ámbitos de la vida y actividad del adepto, sin duda como recordatorio de que su compromiso implica una dedicación cotidiana. Como ya hemos visto a través de la tipificación de sus símbolos, abarca, además de la decoración del templo y su mobiliario, o de cada gesto y palabra que se ponen de manifiesto en sus sesiones de trabajo, a la indumentaria ceremonial, con sus múltiples insignias y complementos, a todas las actividades sociales –desde los impresos de invitación a la vajilla utilizada–, la imaginería conmemorativa –diplomas, medallas, esculturas...–, la documentación oficial generada por las logias, y los grabados e ilustraciones de sus numerosas publicaciones. Los teóricos del simbolismo de la Orden insisten en la perfecta interrelación y coherencia interna de este amplio complejo, a pesar de su diversificación, bajo lo que se denomina la «Ley de la Unidad».

### 5.1 *EL TEMPLO MASÓNICO*

Es el lugar «cerrado y cubierto» donde la logia se reúne y trabaja. Se pretende que sea un espacio que refleje la estructura macro y microcósmica, tanto del universo como del cuerpo humano, de acuerdo con la concepción del tabernáculo en cuatro niveles que Moisés construyó en el desierto, y que Salomón mantuvo en la edificación del Templo de Jerusalén: la zona murada que rodeaba el recinto representa el mundo físico; el patio abierto simboliza el mundo psíquico, la residencia del alma; en el interior del tabernáculo se encuentra el santuario, el mundo del espíritu; en la zona más interior, el *sanctasanctorum*, se ubica la deidad (MacNulty, 1993: 74-75). Si bien puede responder a distintas concepciones, estilos y dimensiones, debe reunir, sin embargo, algunas características ineludibles: ha de ser de planta rectangular alargada para simbolizar en su longitud la vía que de la tierra (occidente) se dirige hacia la luz (oriente); por tanto, su orientación está reglamentada, con la entrada abierta en el extremo occidental de la nave, y la cátedra del Venerable dispuesta en el contrario (Ariza, 2007: 29)<sup>34</sup> [fig. 14]. Carente de vanos y ventanas con el fin de preservar la confidencialidad de sus prácticas y acuerdos, sus muros deben responder a los colores específicos de grados o ritos, y ha de estar cubierto, al menos en la cabecera, con una bóveda o cúpula azulada decorada de estrellas que procure a los adeptos la necesaria serenidad en la meditación. Sobre el friso se dispone un cordón formado por doce nudos, o una cadena de eslabones (la «cadena de unión»). El templo se precede de una pequeña pieza o vestíbulo, el «atrio del templo». A cada lado de la puerta de entrada se eleva una gran columna cuyo capitel, habitualmente de orden corintio, soporta una

<sup>34</sup> Es un rectángulo orientado hacia la infinitud de los cuatro puntos cardinales –los lados cortos a Oriente y Occidente, y los largos al Mediodía y Septentrión–, cuya «altura» simbólica se entiende es la que media entre la superficie de la tierra y los Cielos, y cuya «profundidad» es la que distancia la superficie del centro de la tierra (*nadir*), en una interpretación espacial de la universalidad de la Masonería. Conforman el interior del edificio, por tanto, una imaginaria cruz tridimensional, cuyos ejes de coordenadas conformarían la estructura interna de la logia a imagen misma del Cosmos.

agrupación de tres granadas entreabiertas. Sobre el fuste de ambas figuran inscritas, respectivamente, las letras J y B, referencia a las de bronce que Hiram fundió para el templo de Salomón (denominadas *Boaz*, «fuerza» en hebreo, y *Jachin –Yákín–*, «firme, sólido»), aunque también pueden hacer referencia a las columnas de Hércules, como alusión al extremo del mundo conocido. Bajo estas dos columnas se sitúan, de una parte, los aprendices al norte, y de la otra, los compañeros y maestros al sur, permaneciendo los dos Vigilantes al pie de las mismas durante toda la sesión. Junto a la puerta suelen disponerse un bloque de piedra sin desbastar –representación del espíritu y corazón imperfectos que el aprendiz deberá trabajar y corregir– y una piedra cúbica, que puede rematarse en forma de pirámide, en cuya base se inscriben los nombres secretos y sagrados<sup>35</sup>.

En el centro del templo, en la conjunción de sus dos ejes, se dispone un pavimento de mosaico formado por la alternancia de losas negras y blancas en damero, de dimensiones también rectangulares y proporcionadas a las de la planta del templo. Basado en la noción alquímica del equilibrio entre contrarios, alude al esfuerzo que debe hacer el masón para poder progresar mediante la combinación de energías y fuerzas opuestas, reflejo de las tensiones y equilibrios a los que está sometido el orden de la Creación. Suele decorarse con una estrella flamígera en el centro<sup>36</sup>. Este *carré long* está a veces, según los ritos, encuadrado por tres pilares, o columnas móviles, que se sitúan en los ángulos este, sur y oeste: los pilares de la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza<sup>37</sup>. El ara o altar de los juramentos, de forma triangular, se encuentra en el eje central del templo, delante del estrado del Venerable Maestro –director de la logia–, ya sea elevado sobre tres escalones o gradas, o en un lugar central de la sala; sobre él reposan

<sup>35</sup> A veces la piedra cúbica presenta también una rica decoración a base de complejos diagramas. En algunos manuales masónicos se mantiene la terminología «salomónica» para referirse a las distintas partes del templo: el extremo oriental o *Sanctasanctorum* recibe el nombre de *Debir*; *Hikal* es el espacio de la nave entre la cabecera y el pórtico de entrada o vestíbulo, recibiendo este último la denominación de *Ulam –1 R 6, 1s; 2 Cro 3, 1s; Ez 40, 48s–*.

<sup>36</sup> De manera generalizada este pavimento ajedrezado, junto con la estrella flamígera y la «Cadena de unión» que rodea el interior del Templo a la altura del friso, son los denominados «tres ornamentos de la Logia».

<sup>37</sup> Estas tres columnas o pilares, en ocasiones identificados con deidades de la mitología clásica (Sabiduría = Minerva; Fortaleza = Hércules; Belleza = Venus), suelen rematarse con capiteles distintos correspondientes a los principales órdenes clásicos, que a su vez se asocian a diversas cualidades: la columna corintia (Belleza) es un agente activo, exuberante, creativo y expansivo; la dórica (Fortaleza) es un agente pasivo, reflexivo, tradicional y restrictivo; la jónica (Sabiduría), es, finalmente, un agente equilibrado, consciente y coordinado, cuya obligación es mantener a los otros dos en un equilibrio dinámico. Se considera, del mismo modo, que constituyen las Tres Pequeñas Luces de la Masonería. En lo alto de cada uno de ellos se dispone una vela que es encendida con la apertura de los trabajos, y apagada inmediatamente antes de su clausura –en las ilustraciones del Rito Francés vemos sencillamente candeleros en lugar de columnas–. De este modo, además de las «ideas» rectoras que han de presidir los trabajos de la logia, estos soportes representan la iluminación del interior del templo, apartando las tinieblas en que se encontraba sumido antes de su apertura, acto que suele vincularse a ritos cosmogónicos de fundación o creación de un espacio y un tiempo autónomos de la realidad circundante.

las «Tres Grandes Luces»: el libro de la «ley sagrada» –libro sagrado, las *Constituciones*, o sencillamente un volumen en blanco–, la escuadra y el compás, cuya diferente superposición puede aludir a uno u otro grado; es en torno a él que la fraternidad efectúa sus ritos, y en su presencia se pronuncian los compromisos y «alianzas» que se contraen con la Orden y el Espíritu que la vivifica.

El sol y la luna simbolizan el dualismo del día y la noche, así como los principios activos y pasivos: el sol = fuego = acción, trabajo; la luna = agua = reflexión, imaginación. Estas dos luminarias son situadas al fondo del edificio, la una a la derecha, la otra a la izquierda, según los ritos. A oriente, sobre la cátedra del Venerable, se dispone un delta luminoso, cuya significación se vincula al simbolismo tradicional de la Trinidad cristiana; el ojo en el centro del triángulo simboliza el sol visible, pero también el verbo, el principio creador, en ocasiones reemplazado por el tetragrama sagrado *IEVE*, a partir de las letras hebraicas (*Iod, He, Vau y He*), nombre inefable del Gran Arquitecto.

Los rituales que se desarrollan en el espacio del templo, como escenificación de los desarrollos iniciáticos, producen desplazamientos en su interior conforme a una circulación en torno al pavimento de mosaico, en un sentido u otro según la orientación simbólica. Ello propicia una visión dinámica del interior del edificio, potenciada por la cadena o cuerda anudada ininterrumpida que rodea todo en su friso interior, y mediante las doce columnas o pilares que enmarcan el recinto –para algunos, representación de los doce signos zodiacales: cinco a septentrión, cinco más a mediodía, y las dos restantes (columnas J y B) a occidente, en el Pórtico de la entrada–; todo ello sugiere un cierto movimiento cíclico que, de acuerdo con ciertas visiones macrocósmicas del templo masón, se equipara a la rotación de los planetas y demás estrellas y constelaciones, e influye en el cambio alternativo de las estaciones y el mantenimiento y renovación de la vida, maquinaria perfectamente diseñada por el Gran Arquitecto universal cuya interpretación nos sirve de aprendizaje, puesto que el hombre fue hecho a imagen del Cosmos.

## 5.2 *LOS TABLEROS DE LA LOGIA*

Ya sabemos que en los primeros tiempos de la masonería especulativa una parte importante del trabajo de la logia consistía en las *Lecturas* o explicaciones de sus símbolos más representativos, ilustradas con dibujos nemotécnicos trazados en el suelo o paredes de la sala de reunión –de ahí el término inglés de *Tracing board* para designar a los tableros–, que eran borrados al finalizar la sesión con el fin de evitar su contemplación a miradas profanas. Tan laborioso proceso fue sustituido en el s. XVIII por alfombras pintadas con los símbolos principales que el aprendiz, el compañero o el maestro debían conocer, configurándose como el principal método de enseñanza del Venerable para propiciar la concentración y meditación del aspirante, y favorecer la intuición intelectual con la que se aprehenden los principios que dicha enseñanza expresa y transmite. Las alfombras fueron reemplazadas paulatinamente por tableros

o cuadros –uno para cada grado<sup>38</sup>– que eran independientes, más pequeños, duraderos y, en su conjunto, ilustraban los mismos temas (MacNulty, 1993: 44). En los templos modernos, los tableros de la logia se disponen sobre el pavimento de mosaico, en el centro de la sala [fig. 15].

La importancia de estos cuadros decorados para el ritual masónico radica en el hecho de que es suficiente su presencia –complementada con la de las Tres Grandes Luces y las Tres Pequeñas Luces– para que una reunión pueda celebrarse con toda legitimidad, aunque falten los restantes elementos simbólicos que decoran la logia, pues el cuadro «recapitula» los conceptos fundamentales que residen en el propio templo. Asimismo, la cuerda anudada que enmarca los cuadros del grado de aprendiz y compañero en algunos ritos, se corresponde con aquella otra, de igual número de nudos, que rodea por su parte superior el recinto de la logia, remitiendo igualmente al sentimiento de unidad indisoluble de la hermandad. Como veremos con más detalle, cada uno de los distintos grados masones posee su propio cuadro, pues el conjunto de emblemas y símbolos que éste contiene en su interior conforma una síntesis visual que «recoge» lo esencial de la enseñanza iniciática del grado correspondiente, lo que podríamos denominar su «memoria» espiritual. En tanto algunos ceremoniales se limitan a su contemplación, otros –como el Rito Emulación inglés– desarrollan una lectura o comentario oral que va describiendo las figuras plasmadas en el cuadro, y trazando líneas de reflexión a partir de cada una de ellas.

### 5.3 OTROS ADORNOS MASÓNICOS

Dentro del sistema simbólico integral de la masonería, también los adornos en la indumentaria poseen una función destacada. La prenda fundamental del atuendo masón, y tal vez su insignia más distintiva, es el mandil, herencia de la francmasonería



Fig. 15. Anónimo, «Asamblea de francmasones para la recepción de maestros» (estampas de la serie *Les Costumes des Franc-Maçons dans leurs Assemblées, principalement pour la Réception des Apprentifs et des Maîtres*; grabados franceses, c. 1475).

<sup>38</sup> Existe un interesante testimonio de que, al menos durante el s. XVIII, existieran cuadros de logia tanto para los tres grados básicos, como para otros Altos Grados: se trata del conjunto de 17 espléndidas tablas realizadas entre 1763 y 1770 para la logia de La Perfecta Armonía –hoy de la Perfecta Unión– de Mons (Bélgica), publicadas por Debusschere (2000).

operativa, larga pieza de cuero o piel de cordero empleada por los canteros para proteger el cuerpo de las lascas de la labra de la piedra y de los golpes de los útiles. Es por tanto un instrumento de trabajo que el aprendiz recibe, junto con un par de guantes blancos, en el primer día de su iniciación. En el s. XVIII se redujeron sus dimensiones en aras de la elegancia, y en el s. XIX e inicios del XX se fijaron definitivamente sus proporciones –unos 35/40 cm de altura por otros tantos de ancho– y su diseño definitivo: forma trapezoidal, compuesta de un pentágono truncado doblado y bordado, que presenta esencialmente tres partes: un rectángulo, un repliegue superior triangular y una cintura. Su función esencial es la indicación del grado de quien lo porta, y si bien en la actualidad se caracterizan por su simplicidad y austeridad decorativa<sup>39</sup>, durante los ss. XVIII y XIX fueron soporte esencial del imaginario masónico, como veremos<sup>40</sup>.

Al mandil se le fue progresivamente incorporando un cierto número de piezas e insignias de aparato, tales como objetos de ceremonia (cordones, collares, bandas y cinturas, guantes, mazos, medallas, armas, bastones, estandartes, sellos..., todos ellos con atributos rituales) y otros elementos decorativos complementarios (vajillas, relojes, cajas...)<sup>41</sup>. Al comienzo, las decoraciones respetaban la línea filosófica de la Orden, que, inspirada por un sentimiento de simplicidad y humildad, demandaba un cierto rechazo de todo aquello que resultara superficial; de este modo, los objetos respondían a una factura rudimentaria, simple, y sin apenas ornamentos. El s. XVIII insufla el gusto por el refinamiento, las decoraciones bellas y esmeradas, y los ornamentos del «arte masónico». La decoración masónica francesa asume así las consecuencias de las rivalidades internas a la Orden, entre nobles y plebeyos, que se saldarán con una hiperinflación de las decoraciones y los atributos de los grados. Como consecuencia de este fenómeno, se desarrolla una verdadera pequeña industria que, desde el s. XVIII, provee al francmasón de auténticos catálogos que le permiten elegir entre una gran diversidad de artículos. Es por ello que, a fines del s. XVIII y comienzos del XIX, los símbolos masónicos gozaron de una gran popularidad como motivos decorativos, y los objetos personales y domésticos solían tener este tipo de diseños, sobre todo en los Estados Unidos, donde su uso se encontraba estrechamente asociado a la ostentación de los iconos patrióticos norteamericanos. Durante el s. XIX e inicios del XX los actos públicos –banquetes, actos conmemorativos, ceremonias comunitarias–, anun-

<sup>39</sup> Los mandiles de aprendiz y de compañero son tradicionalmente idénticos, de color blanco y elaborados con piel de cordero, carentes de toda decoración –tan sólo se admiten elementos sumarios, como un borde rojo, o unas rosetas azules–; por contraste, el mandil de los maestros es en piel o en tela satinada, bordado de rojo, verde o azul, y ornado con las letras «M» y «B» (que significan *Mac Benac* o *Mak-Benak*, nombre secreto de los maestros: «la carne abandona los huesos») o bien con tres rosáceas del mismo color que los bordes.

<sup>40</sup> El catálogo *Le Franc-Maçon en habit de Lumière. Sprit & matière* (Tours, 2002), editado con ocasión de la exposición que tuvo lugar en 2002 en el Château de Tours (Francia), ofrece un exhaustivo muestrario ilustrado de mandiles de los ss. XVIII y XIX, entre otros objetos decorados.

<sup>41</sup> Un completo catálogo ilustrado y comentado de la indumentaria y utillaje masónicos puede contemplarse en Morata (s. a.: 33 y ss.).

ciados mediante invitaciones grabadas con figuras alegóricas, eran la ocasión para que los masones pudieran lucir sus más distinguidos atributos (MacNulty, 1993: 90-91).

## 6. LA MASONERÍA Y LA TRADICIÓN EMBLEMÁTICA Y ALEGÓRICA MODERNA

En los textos masónicos se detecta la misma confusión terminológica que en otros géneros de la literatura simbólica a la hora de definir con precisión términos como «emblema», «símbolo» «signo» o «alegoría». Son muy pocas las aproximaciones que se han hecho a esta cuestión desde los escritos estrictamente masones, y los trabajos recopilatorios de Albert G. Mackey suponen, en este sentido, una de las más notables excepciones. De acuerdo con este autor (1914, I: 250-251):

El emblema es una representación oculta de algo desconocido o velado mediante un signo o cosa que resulta reconocible. Así, la escuadra es en la francmasonería un emblema de moralidad; una plomada, de rectitud de conducta; y un nivel, de igualdad de condiciones humanas. *Emblema* es con mucha frecuencia usado como sinónimo de símbolo, aunque ambas palabras no expresan exactamente el mismo significado. Un emblema es propiamente una representación de una idea por medio de un objeto visible, como en los ejemplos aducidos arriba; pero un símbolo es más extensivo en su aplicación, e incluye toda representación de una idea por medio de una imagen, ya sea que la imagen es presentada inmediatamente a los sentidos como una sustancia visible y tangible, o sólo traída a la mente por medio de palabras. De aquí que una acción o acontecimiento descrito, un mito o una leyenda, puede ser un símbolo; y de aquí, de igual modo, se sigue que, mientras todos los emblemas son símbolos, no todos los símbolos son emblemas<sup>42</sup>.

Pero, como este mismo autor reconoce en otro momento (1914, II: 751), los oficiales masones no suelen puntualizar tales matizaciones con respecto al aparato simbólico:

La palabra 'símbolo' deriva de un verbo Griego que significa 'comparar una cosa con otra'; y he aquí un símbolo o emblema, pues ambas palabras son habitualmente usadas como sinónimos en la Masonería, es la expresión de una idea que deriva de su comparación o contraste de algún objeto con una concepción o atributo moral. Así la plomada es símbolo de rectitud; el nivel, de igualdad; la colmena, de industria.

Ya hemos insistido suficientemente en la naturaleza sincrética del imaginario masónico, capaz de asumir todo tipo de motivos y rituales e insertarlos a su propia trama, acomodándolos a su lógica simbólica, independientemente del contexto cultural o del ámbito geográfico en el que la logia se ubique. En el caso de la masonería occidental, ya sabemos de algunas de sus principales fuentes temáticas y filosóficas de inspiración: a través de ellas la Orden recibirá un nada despreciable caudal de aquellos elementos emblemáticos y alegóricos que ya habían caracterizado a la cultura retórica que impregnó la Europa de los ss. XVI y XVII, y que durante el XVIII se encontraban en franca decadencia. A juzgar por las evidencias con que contamos, esta inci-

<sup>42</sup> La trad. es nuestra.

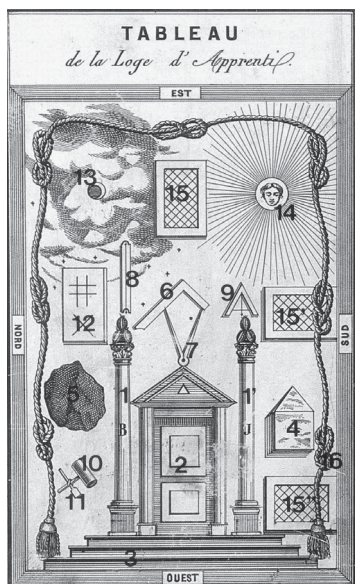


Fig. 16. Anónimo, representación de tablero de logia del grado de aprendiz. 1: columnas B y J con granadas superpuestas; 2: puerta del templo; 3: escalones o gradas del templo; 4: piedra cúbica; 5: piedra bruta; 6: escuadra; 7: compás; 8: perpendicular; 9: nivel; 10: martillo; 11: cincel; 12: plancha de dibujo; 13: luna; 14: sol; 15: ventanas; 16: cuerda de 7 nudos.



Fig. 17. Anónimo, Tablero de logia del grado de aprendiz con representación de la escalera de Jacob con las tres virtudes teologales entre otros símbolos (1819).

Col. Gran Logia Unida  
de Inglaterra,  
Londres.

dencia no se produjo directamente desde los libros de emblemas, sino fundamentalmente a partir de las lecturas bíblicas del *Antiguo Testamento*, y de corrientes más específicas, como la Rosacruz, que mantuvo innegables puntos de contacto con la Emblemática moderna; ello permitirá la recuperación de figuras y motivos, en esencia de carácter religioso o místico, coincidentes con los que poblaron los libros de emblemas y divisas de los siglos precedentes, y que se confundirán con los símbolos más estrictamente masones —útiles de arquitectura y figuras geométricas—. Otra cuestión digna de consideración aquí es la proliferación anárquica de los «Altos Grados» —que se incorporaron progresivamente a los tres básicos de aprendiz, compañero y maestro que conforman la masonería «azul»—, fenómeno que ha venido considerándose como una reacción contra la austeridad racionalista del movimiento, y fruto de una voluntad por parte de los maestros masones dieciochescos de «adornarse con ricas plumas iniciáticas de pavo real». Sin embargo, parece que esta inflación simbólica fue también consecuencia de la creación de grupos de trabajo que se pusieron en marcha prácticamente a partir de la fundación de la Gran Logia de Inglaterra y las *Constituciones de Anderson*, y que, entre otras novedades, introdujeron, entre 1725 y 1733, el grado de maestro y la leyenda de Hiram; sin embargo, su profundización en el mismo tema, o

en otras vías de investigación —bíblicas, herméticas, caballerescas— explica a inicios del s. XIX el crecimiento incontrolado de los grados superiores hasta llegar al centenar, aunque la mayor parte de ellos no se puso nunca en práctica.

Estos procesos generarán una proliferación de los símbolos masónicos a lo largo del s. XVIII e inicios del XIX —se editan por estas fechas tablas nemotécnicas de emblemas y personificaciones masónicas que fácilmente superan las 50 figuras—, que obligará a ciertas medidas de contención. Por ejemplo, en la unión de las Grandes Logias inglesas que tuvo lugar en 1813<sup>43</sup>, el ritual masón fue modificado, y se acordó un cambio de diseño de los tableros de logia, proceso en el que un buen número de símbolos fue desechado de su imaginario —normalmente aquéllos con connotaciones más marcadamente cristianas, o los que eran usados de forma muy ocasional—, de modo que en las representaciones del setecientos encontramos un abundante número de figuras de las cuales el moderno masón no tiene conocimiento. Para los motivos de origen religioso que sobrevivieron a la reforma, se propondrá un significado edificante alejado de su dimensión estrictamente sagrada en su afán de proponer símbolos susceptibles de la más amplia aceptación posible.

Aunque el imaginario masónico se extiende a cualquiera de sus espacios y objetos rituales, los soportes fundamentales de estos emblemas y alegorías recuperados e insertados en este nuevo contexto ritual y simbólico van a ser, como ya adelantamos, los tableros de logia y los mandiles decorados, aunque podemos encontrarlos también con frecuencia en los frontispicios grabados de algunas de sus publicaciones, medallas o diplomas.

En cuanto a los tableros o cuadros de logia, ya hemos indicado que son ayudas visuales con las que se ilustran los principios que se enseñan en cada uno de los grados esenciales: aprendiz, compañero y maestro. La iconografía de estos tableros puede responder a dos conceptos representativos principales: uno, aparentemente más tradicional, consistente en la distribución por todo el espacio disponible de las figuras, aisladas unas de otras, que parecen «flotar» conforme a un sistema de representación que podíamos llamar jeroglífico, y que es habitual en el contexto masón francófono, correspondientes al Rito Francés o al Escocés Antiguo y Aceptado<sup>44</sup>; el segundo, más anglosajón, empleado en el Rito Emulación<sup>45</sup>, consiste en la integración de estas figuras en determinados contextos arquitectónicos, que les proporcionan una lógica espacial y cierto «hilo conductor» a la hora de abordar su análisis [figs. 16 y 17]. También se da

<sup>43</sup> Nos referimos a la unión que se produjo en 1813 de las dos principales logias inglesas, la Primera Gran Logia, fundada en 1717, y llamada de los «Modernos» por las innovaciones que introdujeron, y «La más Antigua y Honorable Sociedad de Masones Aceptados y Libres», los «Antiguos», que reunió en 1751 a las diversas logias independientes. Tras décadas de enconadas rivalidades, ambas se asociaron para formar la Gran Logia Unida de Inglaterra.

<sup>44</sup> Nacido con el desarrollo de los altos grados en el s. XVIII, es posiblemente el más practicado en el mundo; el Rito Francés en una adaptación del «escocés», donde se practican sus altos grados, con el añadido de algunos específicos.

<sup>45</sup> Gestionado por la Gran Logia Unida de Inglaterra, y extendido especialmente en el ámbito anglosajón, se postula próximo a los textos fundadores, y se practica con gran rigor.

el caso de que, según las fraternidades, los objetos representados puedan ser en algunos casos distintos, o distribuidos conforme a criterios diferentes<sup>46</sup>.

Una parte esencial del contenido iconográfico de estos tableros son, una vez más, los útiles o herramientas vinculadas a la práctica arquitectónica. Como ya indicamos, todos ellos se encuentran integrados en un sistema iniciático que les confiere coherencia, y que les proporciona una dimensión suplementaria a la función que les es propia, pues cada uno, conforme a su mensaje conceptual y edificante, proporciona una enseñanza al neófito dirigida a su mejora material y espiritual. Los útiles cobran especialmente importancia en dos momentos clave de la iniciación de los adeptos: en los «viajes» puramente simbólicos que desarrolla a lo largo de su proceso de formación, a los que ya nos hemos referido con anterioridad, y en la explicación de los tableros de los diferentes grados. En estos últimos, los útiles suelen aparecer agrupados de dos en dos, según el principio activo-pasivo<sup>47</sup> –compás y escuadra, martillo y cincel, regla y palanca, plomada y nivel–, a excepción de la paleta, que figura solitaria por su carácter polivalente.



Fig. 18. Mandil con temas bíblicos del rito de adopción (fines del s. XVIII). Decoración pitada sobre seda blanca. Col. privada.

<sup>46</sup> Un caso llamativo es el de las tres columnas o pilares de órdenes diferentes que se disponen en torno al pavimento de mosaico: utilizados como soporte para sujetar las velas con las que se ilumina ritualmente el interior del templo, adquieren gran protagonismo visual en los tableros ingleses, pero son sustituidos en los tableros de Francia o Bélgica por tres ventanas que parecen aludir al mismo principio de iluminación. De igual modo, en los cuadros anglosajones, adquiere gran importancia el tema de la escalera de Jacob con las personificaciones –o atributos– de la Fe, Esperanza y Caridad ascendiendo por ella, en tanto en el contexto continental se evita esa composición, y se concede mayor importancia a la recreación del templo de Salomón elevado sobre 3 o 5 escalones o gradas, según el caso.

<sup>47</sup> El principio activo corresponde al espíritu, y el pasivo a la materia. Este sistema puede definirse como de «evolución armónica», en el sentido de que deviene en un equilibrio creativo que permite un conocimiento de sí mismo y del mundo sin que las fuerzas se opongan, se anulen y finalmente se destruyan.

En el cuadro del primer Grado, bajo la luna creciente<sup>48</sup> y el sol –principios húmedo y cálido de la alquimia, complementariedad necesaria para la fecundidad; el sol manifiesta a los iniciados que todo es verdad dentro del templo, manteniendo fuera las «tristes sombras del mal»–, un elemento esencial de esta tabla es el Templo de Jerusalén con sus tres puertas, elevado sobre tres escalones, y flanqueado por las columnas B y J, motivo sustituido en los cuadros anglosajones por los tres pilares de la Sabiduría –orden jónico–, la Fuerza –dórico– y la Belleza –corintio<sup>49</sup>–. También en los tableros de influencia inglesa suele representarse la escalera de Jacob, y sobre sus escalones suelen aparecer representadas las virtudes teologales cristianas de la Fe, Esperanza y Caridad, portando o no sus atributos, escala que descansa en el volumen de la ley sagrada, y alcanza los cielos, que se pierden entre nubes. Bajo la escalera de Jacob, como soporte del Libro Sagrado, suele disponerse el círculo con un punto interior entre dos trazos paralelos, al que ya nos hemos referido con anterioridad. El resto del espacio disponible es ocupado por los útiles masones, la piedra bruta y la piedra cúbica. El conjunto se rodea con una cuerda con tres o siete nudos.

En cuanto al cuadro del segundo grado, o de compañero, en el caso de los ejemplares franceses, encontramos prácticamente los mismos elementos que en el primer cuadro, y en una disposición similar; tan sólo se incorporan la estrella flameante iluminando con su luz el templo, que ahora se eleva sobre cinco o siete escalones, el pavimento de mosaico, y algunas herramientas nuevas, como la regla graduada y la palanca. En el caso de los tableros ingleses, el motivo de la escalera de Jacob –avenida de comunicación interior entre el cielo y el ser humano–, que ya aparecía en el cuadro anterior, adquiere aquí pleno protagonismo y desarrollo: conforme a una orientación de este a oeste, aparece ahora como una escalera de caracol inserta dentro del Templo de Jerusalén –habitualmente con siete escalones–, y que conduce hacia su interior como espacio más sagrado, generalmente cubierto con una cortina o velo, y caracterizado visualmente con alusiones a la divinidad. Representa una escala interior simbólica que el individuo debe ascender cuando aparte su atención del mundo físico –representado como un ameno paraje campestre– para examinar la naturaleza de su alma y los trabajos de su propio progreso interior. Su arquitectura se decora con todo lujo y esplendor, y se enriquece con figuras y herramientas propias del oficio, y las dos monumentales columnas del pórtico de entrada, rematadas, respectivamente, con el globo terrestre –delineado con la trama de paralelos y meridianos– y celeste –caracterizado por la eclíptica, o banda zodiacal–. El cuadro suele rodearse de una cuerda con 5 o 9 nudos.

El tablero del Tercer Grado, inspirado en el relato de Hiram, alude a un proceso análogo al de la muerte, por el cual el individuo puede trascender las limitaciones de la vida humana corriente y conseguir un potencial interior más rico. En el interior

<sup>48</sup> Alrededor de la luna, las estrellas pueden distribuirse conforme a un orden aleatorio, o recreando la constelación de la Osa Mayor, para subrayar la noción de fertilidad.

<sup>49</sup> Ya dijimos más arriba que, en el contexto francófono, los pilares son sustituidos por tres ventanas distribuidas aproximadamente conforme a la posición que las tres velas deben tener en torno al pavimento de mosaico.

de un ataúd que ocupa prácticamente todo el cuadro, el cráneo y las tibias representan la muerte física de Hiram; el paño negro es símbolo de duelo; las lágrimas de plata simbolizan los rayos lunares que deben permitir abstraerse de la influencia «solar» – material–; la cruz latina dirigida hacia oriente significa la inmortalidad; el compás y la escuadra representan, según la leyenda, el cuerpo de Hiram que fue encontrado entre el compás y la escuadra; la rama de acacia simboliza la metamorfosis, el renacimiento e inmortalidad del alma, y las tres huellas o pasos son emblemáticos de los tres principales estados de la vida humana: Juventud, Madurez y Senectud<sup>50</sup>.

Ya dijimos que un buen número de emblemas de la Orden procede del contexto bíblico. Hemos hablado antes de temas como la leyenda de Hiram y el Templo de Salomón, cuyas alusiones simbólicas salpican tableros y mandiles.

También mencionamos otros dos motivos veterotestamentarios, vinculados al tema vertebral de la construcción y de la masonería operativa: la Torre de Babel y el Arca de Noé; ambos resultan frecuentes, por ejemplo, en los mandiles del rito de adopción del s. XVIII, flanqueando sendos motivos al árbol del bien y del mal del Edén, con la serpiente enroscada alrededor de su tronco, entre otros símbolos místicos –pozo, escalera, arco iris, corazón ardiente, granada<sup>51</sup>, sol y luna...– [fig. 18]. Si bien el Arca de Noé es motivo habitual en las ilustraciones del s. XVIII, las referencias al patriarca en los textos y constituciones masónicas no suelen asociarse tanto al Arca y al diluvio, como a los dos grandes pilares en los que se inscribieron las siete artes liberales y las ciencias. En las *Constituciones de Anderson* se hace referencia a los masones como «descendientes de Noé». En algunos casos se combina el Arca con el ancla, emblemas de una esperanza bien fundada en una vida moderada y virtuosa.

Otros motivos también inspirados en el *Antiguo Testamento*, menos frecuentes pero difundidos a partir de su inclusión en la heráldica de los Altos Grados, son las ta-



Fig. 19. Anónimo, *Tablero de logia del grado de maestro* (1819). Col. Gran Logia Unida de Inglaterra, Londres.

<sup>50</sup> Para la descripción y significado de los símbolos de los tableros no hemos guiado esencialmente por Morata (s. a.: 16–17 y 28), con el auxilio de otras fuentes.

<sup>51</sup> Abierta, la granada es una llamada a la unidad de los masones, hermanos por un fin común y difícil –estrechez del fruto– dentro de una corteza que recuerda el mal exterior y las dificultades; cerrada, suele aparecer como referencia a la Caridad.

blas de la Ley y el candelabro de siete brazos o *menorah*, única fuente de luz del lugar sagrado, que debe permanecer continuamente encendida –en el grado de Maestro Secreto, o Maestro de todas las logias–, o el Arca de la Alianza –grado de Caballero de Oriente o de la Espada–, que nos remiten al santuario del templo, pero también a la conciencia como guía constante del perfecto iniciado, o la serpiente de bronce de Moisés (*Nm 21, 6ss*) –Caballero de la serpiente de Bronce–, reivindicación de la libertad que permite vencer a la esclavitud derivada de la intolerancia y la superstición. Varias de las figuras simbólicas aluden a otros elementos que constituían el tabernáculo de Abraham en el desierto: la mesa con los panes, el recipiente con el maná o el incensario, este último emblema de un corazón puro, que constituye siempre un sacrificio aceptable para la deidad. O a los elementos singulares que decoraban el gran templo de Salomón: el mar de bronce...

Encontramos también motivos procedentes del *Apocalipsis*: el cordero sobre el libro de los siete sellos –grado de Caballero de Oriente y Occidente– (*Ap 5, 1*), como referencia astrológica al equinoccio de primavera, festividad de san Juan, uno de los patrones cristianos de la Orden, o la Jerusalén celeste –grado de Gran Pontífice o Sublime Escocés de la Jerusalén celeste–, emblema de la humanidad liberada de toda servidumbre; la acacia plantada en el centro de Jerusalén es la propia masonería, cuyos principios eternos viven en la ciudad celeste.

Otro de los ámbitos que abastecerá de figuras emblemáticas al imaginario masónico será la creación del Grado de Caballero Rosacruz –18° del Rito Escocés Antiguo y Aceptado–, principal exponente de la vertiente mística de la masonería. Mezcla de influencias rosacruces, alquímicas, cristianas –representación del Gólgota y de la tumba de Cristo, evocación de la Resurrección, de los valores de la Fe, Esperanza y Caridad, la Santa Cena...–, este imaginario ha sido uno de los más afectados por la depuración visual del s. XX. Las «armas» heráldicas del grado están protagonizadas por el pelícano que se autolesiona para alimentar a sus polluelos con su sangre, alusión tradicional al amor paternal y al sacrificio, situado ante una cruz latina con una rosa roja inserta en el centro de la misma, transfiguración cristiana de las gotas de sangre de Cristo martirizado. Frente a las evidentes connotaciones cristológicas de la composición, su significación moderna nos remite a la vez a conceptos de inspiración caballerescas

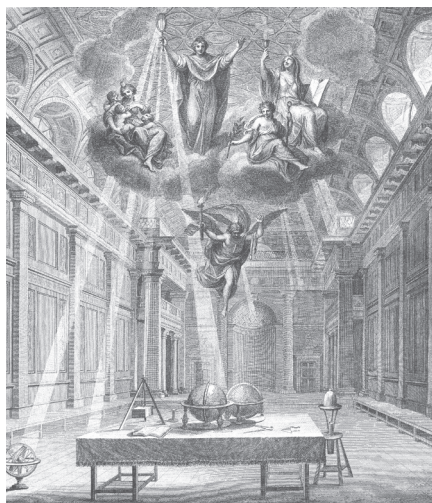


Fig. 20. G. B. Cipriani y P. Sandby (diseño); F. Bartolozzi y J. Fittler (grabado), «La Verdad, rodeada de las Virtudes Teologales, ilumina el interior de la logia», frontispicio grabado de James Anderson, *Constitutions of the Ancient Fraternity of Free and Accepted Masons*, Londres, 1784.

como el amor, la belleza o el fuego en su significación de elemento generador de conocimiento, de verdad o de belleza. También resultan habituales el fénix, icono de resurrección y renacimiento por el principio ígneo y la representación alquímica del azufre, la corona de espinas, el cáliz o Santo Grial, el sudario y la tumba, el corazón ardiente, el águila, o la serpiente *ouroboros* —símbolo pitagórico del círculo que no tiene comienzo ni fin—, entre otros.

Otro conjunto de emblemas deriva directamente del concepto barroco de *vanitas*. Dentro del ritual masónico no resulta extraño encontrar motivos como la calavera y los huesos, el ataúd, el reloj de arena, alado o no, o la guadaña —atributo tradicional esta última del Padre Tiempo o de la mismísima Muerte—, que, sin perder totalmente su carácter tradicional de *memento mori* —rápido paso del tiempo, transitoriedad de la vida y banalidad de todo lo material—, aparecen insertos en una filosofía y mitología totalmente diferentes<sup>52</sup>. Los encontramos, como vimos, en el tablero e insignias del grado de Maestro [fig. 19]. Pero, de un modo más amplio, en la masonería se han venido empleando diversos signos de violencia, peligro y muerte: el candidato a masón hace frente al peligro tan pronto como ingresa en la logia, pero es un proceso meramente psicológico y simbólico: se usa un puñal que apunta al corazón, referencia, por un lado a la «muerte» que el aspirante experimenta respecto a su naturaleza anterior, abriendo el camino hacia un mundo totalmente nuevo; por otro, es una advertencia sobre los peligros que acechan en todo trabajo interior.

El imaginario masónico hizo uso, al mismo tiempo, de las alegorías de las tradicionales virtudes cristianas, asumiendo la codificación presentada en su momento en la *Iconología* de Cesare Ripa. Resultan frecuentes las personificaciones de las tres virtudes teologales aportadas por la imaginería rosacruz, Fe, Esperanza y Caridad, con el fin de ilustrar las obligaciones caballerescas fundamentales del grado, aunque también son empleadas en el magisterio masónico para ejemplificar los estados de ánimo individuales en cada uno de los Tres Grados: la Fe para el aprendiz, que ignora la naturaleza de aquello a lo que aspira, y debe confiar en sus maestros; la Esperanza para el compañero, que puede vislumbrar buena parte de la naturaleza del impulso que le lleva a anhelarlo; y la Caridad para el maestro, que ha conseguido su meta y es capaz de educar a los más jóvenes<sup>53</sup>. También las cuatro virtudes cardinales —Temperancia, Fortaleza, Prudencia y Justicia— son incorporadas al ritual de aprendiz: la lectura de la

<sup>52</sup> En este sentido, alguno de esos elementos —cráneo, reloj de arena, guadaña— suelen aparecer representados en la Cámara de Reflexión —lugar cerrado y aislado donde el aspirante a masón se sienta totalmente solo y escribe las razones por las que desea entrar en la Orden; sólo después de que sus motivos hayan sido revisados por la hermandad, es aceptado como candidato—, donde comparten su espacio con otros motivos significativos, como una jarra de agua, un trozo de pan, el gallo —que se refiere a su significado tradicional de vigilancia—, y otros iconos de origen alquímico (como copas o recipientes con azufre, mercurio y sal, o las siglas VITRIOL («Visita el interior de la tierra, rectificando hallarás (*invenies*) la piedra (*lapidem*) oculta»).

<sup>53</sup> En la imagen tradicional de la Caridad, representación de una madre en actitud protectora hacia los hijos que la rodean, suele hacerse común alusión a las viudas y huérfanos mantenidos por la beneficencia masónica.

tabla termina con la mención de las cuatro teselas orientadas hacia las cuatro esquinas de la logia, que simbolizan esas cuatro personificaciones. Éstas serán las alegorizaciones más habituales, junto a otras más concretas como la Verdad, mostrada vestida o desnuda, en ocasiones surgiendo de un pozo –las tinieblas de la ignorancia–, pero siempre manteniendo en alto un espejo que refleja la luz de la divinidad y la proyecta sobre nosotros [fig. 20], o las representaciones de la propia Masonería, entre otras figuras –emblematización de los continentes, imagen de la Masonería universal– o virtudes propias del compromiso masón, frecuentes en numerosos frontispicios de libros o diplomas de logia.

Para concluir este rápido itinerario visual, mencionemos que también se recurrió con frecuencia a atributos de determinados conceptos empleados en sustitución de la personificación completa. Entre los casos más frecuentes se encuentra el ancla –emblemática de una esperanza firmemente fundada surgiendo de una vida correcta– junto con la cruz y el cáliz y un corazón, que pueden aparecer en los viejos tableros del primer grado como alusión a las virtudes –Fe y Caridad– a las que representan. Esto nos remite a un momento en el imaginario de la Orden en el que aún se mantenía una inspiración esencialmente cristiana, de modo que esta combinación de símbolos desapareció después de la Unión de 1813. En la misma línea podemos encontrar la llave –símbolo del silencio, que impide, por ejemplo, revelar el secreto que, a imitación de Hiram, el maestro promete mantener hasta la muerte, hablar mal de un hermano de Orden, o desvelar cosas inapropiadas–, la balanza y los dos platos –símbolo común de la Justicia, que recuerda al masón que sus acciones, buenas o malas, serán un día pesadas en el Juicio Final (*Dn* 5, 27)–, o la Colmena, elemento habitual en multitud de artefactos, tableros y vestimentas masónicas como símbolo de la Industria práctica, y recordatorio del adecuado empleo que debe hacerse del tiempo dedicado a nuestra formación.

El corpus de motivos es, en fin, inabarcable y muy diverso, pero de indudable interés por cuanto constituye uno de los principales canales por los que la cultura emblemática y alegórica moderna se abrió paso hasta el mundo contemporáneo gracias a la capacidad de asimilación por parte de la masonería especulativa de todos aquellos materiales simbólicos que pudieran convenir a sus propósitos. Adaptados, entonces, a otras circunstancias y a otros tiempos muy diferentes, los viejos emblemas y personificaciones, unidos a otros repertorios icónicos más o menos afines, supieron conservar su apariencia formal y, más aún, buena parte de su propósito original: el de la educación dirigida a través de lo visual, donde el resorte enigmático es ahora reemplazado por el iniciático, y donde los contenidos moralizadores del antiguo régimen se han transformado en nuevas directrices de autoformación y perfeccionamiento personal y colectivo.

## BIBLIOGRAFÍA

- ARIZA, F. [2007]. *La Masonería. Símbolos y ritos*, Zaragoza, Libros del Innombrable.
- BAIGENT, M. y Leigh, R. [2005]. *Des temples aux francs-maçons. Les racines, les roles et l'évolution de la franc-maçonnerie*, París, Editions du Rocher.
- BAYARD, J.-P. [2008]. *Le symbolisme maçonnique traditionnel. 2. Hauts grades et rites anglo-saxons*, París, Dangles.
- CHABOUD, J. [2008]. *La Franc-Maçonnerie*, Luçon, Éditions E/P/A-Hachette-Livre.
- DEBUSSCHERE, P. [2000]. *Les tableaux symboliques de la Parfaite Union*, Brujas, Marot/Tijdsbeeld/ Parcours Maçonniqúe.
- FARINA, S. [2007]. *Gli emblemi araldici della Massoneria. Esoterismo degli emblemi dell'Ordine dei Liberi Muratori e di quelli del Rito Scozzese Antico ed Accettato, con la loro riproduzione esatta*, Roma, Atanòr.
- MACKEY, A. G. [1860]. *A Lexicon of Freemasonry; Containing a Definition of All its Communicable Terms, Notices of its History, Traditions, and Antiquities and an Account of all the Rites and Mysteries of the Ancient World* (edición revisada por D. CAMPBELL), Londres y Glasgow, Richard Griffin and Co.
- [1869]. *The Symbolism of Freemasonry: Illustrating and Explaining its Science and Philosophy, its Legends, Myths and Symbols*, Nueva York, Clark & Maynard.
- [1914]. *An Encyclopaedia of Freemasonry and its Kindred Sciences Comprising the Whole Range of Arts, Sciences and Literature as Connected with the Institution*, (edición revisada de E. L. HAWKINS); New York/London, The Masonic History Company (2 vols.).
- MACNULTY, W. K. [1993]. *Masonería. Viaje a través del ritual y los símbolos*, Madrid, Debate.
- MACOY, R. [1872]. *General History, Cyclopedia and Dictionary of Freemasonry; Containing an Elaborate Account of the Rise and Progress of Freemasonry, and its Kindred Associations Ancient and Modern. Also, Definitions of the Technical Terms Used by the Fraternity*, Nueva York, Masonic Publishing Company.
- MOORE, D. [2009]. *A Guide to Masonic Symbolism*, Surrey, Lewis Masonic.
- MORATA, R. [s. a.]. *La Franc-maçonnerie. Les secrets des objets*, París, Ch. Massin Éditeur.
- NEFONTAINE, L. [1994]. *Symboles et symbolisme dans la Franc-Maçonnerie*, tomo I: «Histoire et historiographie», Bruselas, Editions de l'Université de Bruxelles.
- PATTON, Ch. I. [1873]. *Freemasonry. Its Symbolism, Religious Nature, and Law of Perfection*, Londres, Reeves and Turner.
- PRESTON, W. [1829]. *Illustrations of Masonry*, Londres, Treacher and Co.
- UYTTEBROUCK, A. [1993]. «Introduction. Europe et Franc-Maçonnerie du XVIII<sup>e</sup> siècle à nos jours. Quelques lignes de faite», en A. UYTTEBROUCK y Ph. CULLUS (coords.), *La Franc-Maçonnerie et l'Europe du XVIIIe siècle à nos jours*, Bruselas (catálogo de la exposición de Bruselas, mayo-junio de 1993), Bruselas, Musée Maçonniqúe de Bruxelles/Éditions du Perron, 7-8.
- VV. AA. [2002]. *Le Franc-Maçon en habit de Lumière. Sprit & matière*, Tours, Association 5997/ Château de Tours.
- YATES, F. A. [2008]. *El iluminismo rosacruz*, Madrid, Siruela.